

REYKJAVIK: ANTES Y DESPUES

**El imperialismo global
de los Estados Unidos**

A mis tres nietas y a todos los
niños del mundo con el deseo de que
puedan tener una vida larga y feliz.

Prólogo

Los polemólogos deben de estar de enhorabuena. Los polemólogos son esos expertos en “teoría general de los conflictos”, que estudian las guerras pasadas con el fin de predecir cómo, dónde y cuándo se desencadenarán las guerras futuras. La idea de un estudio semejante no está, en sí misma, desprovista de interés. Pero por lo que se refiere a los países capitalistas, su realización práctica adolece de las debilidades inherentes a la metodología sociológica contaminada por la ideología burguesa: se olvida un conflicto básico, subyacente a todos los demás, a saber, la lucha de clases.

Los criterios manejados por los polemólogos más conocidos incluyen la geopolítica, la economía, la tecnología, la psicología social, etcétera. Pero todo ello siempre bajo la óptica burguesa consistente en suponer que hay un solo modelo real de sociedad: la que se mueve guiada exclusivamente por el afán de lucro y dominación.

Algunos de los prohombres del pacifismo en Occidente han dado pruebas de estar imbuidos de ese presupuesto típicamente burgués. Pienso, por ejemplo, en el británico E.P. Thompson, creador de la teoría del *exterminismo* como “fase superior” de la dominación ejercida por igual, según él, por los dos bloques político-militares encabezados por la URSS y los EE.UU.

Pues bien, ¿con qué piadosas palabras consolar ahora a esos teo-

Copyright para España:
La Farga d'Edicions (CAEPISSA)
C/. Cucurulla, 9, 2º, 2ª, A.
08002 Barcelona

Cubierta de Joan Batallé
Traducción de Miguel Candel

Imprime: Duplex, S.A.-Barcelona
D.L.: 15058/1987
ISBN: 84-86677-00-9

rizadores apresurados ante el fracaso de sus predicciones, según las cuales capitalismo y socialismo real habían de tender por su dinámica interna, supuestamente militarista en ambos casos por igual, hacia la “destrucción mutua asegurada”, sin que ninguna diferencia de régimen social permitiera diferenciar las estrategias de unos y otros? Porque está claro que entre esas predicciones no entraba la posibilidad de que la Unión Soviética llevara a cabo una moratoria unilateral de año y medio en la realización de ensayos nucleares. Ni la de que se negara a entrar en la espiral de la carrera de armamentos espaciales. Ni la de que acabara aceptando la célebre “opción cero” sobre cohetes de alcance medio en Europa, pese a que ello la sitúa en desventaja ante la proliferación de bases aéreas y navales de los EE.UU. en torno a sus fronteras. Lógico: porque aquellas predicciones se basaban en el desconocimiento (querido o involuntario) de que la carrera de armamentos sólo es beneficiosa para ciertos monopolios capitalistas, pero no para sociedades basadas en la solidaridad y en el principio del trabajo como único factor productivo digno de remuneración. Por eso, mientras los estados consagrados a la defensa de los intereses de aquellos privilegiados se empecinan en proseguir la carrera hacia el abismo (esperando, claro está, hacer caer a otros en él), los estados consagrados a la defensa de los intereses colectivos tiran constantemente en dirección contraria, hasta conseguir, al menos, frenazos momentáneos.

No es esa miopía de raíz burguesa lo que caracteriza la visión presentada en el texto de Nino Pasti. Este luchador ejemplar por el desarme, miembro del grupo de generales por la paz, nos brinda un análisis bien documentado de las estrategias político-militares elaboradas por los sucesivos gobiernos norteamericanos desde el final de la segunda guerra mundial. Para ello se basa exclusivamente en citas tomadas de textos oficiales o semioficiales norteamericanos, con lo que queda obviada la sospecha de tendenciosidad prosoviética que regularmente cae, desde una “opinión pública” convenientemente orientada a tal efecto, sobre los que se dedican a denunciar las actuaciones del Pentágono.

Pues bien, de la lectura de esa documentación se desprende —y el general Pasti no hace más que señalarlo— que los portavoces oficiales de los Estados Unidos y de la OTAN han engañado sistemáticamente a la opinión americana y europea sobre extremos como:

- La naturaleza de la amenaza representada por los misiles soviéticos de alcance medio SS-20, amenaza que sirvió como pretexto para el despliegue de nuevos misiles americanos de gran precisión (los *Pershing II* y *Cruise*).
- El número de cabezas nucleares de que disponen uno y otro bloque.
- La naturaleza del llamado “escudo espacial”, como complemento de una estrategia no defensiva, sino de “primer golpe”.
- La presunta superioridad numérica de las fuerzas convencionales del Pacto de Varsovia.
- El sentido real de las propuestas de desarme en materia de cohetes balísticos hechas últimamente por el presidente Reagan.
- La posición y disposición de cada una de las partes en la cumbre de Reykjavik.

Lejos también del pesimismo “exterminista” en lo que se refiere a las posibilidades de que el bloque capitalista rectifique su rumbo actual, Nino Pasti señala cómo en la época del presidente J.F. Kennedy y del secretario de defensa R. McNamara se dieron también por parte americana algunos pasos serios hacia la contención del desarrollo armamentista, con la consecuencia de una reducción real —y única por ahora en la historia— del número de cabezas nucleares del arsenal estadounidense. Esa situación fue fruto de una valoración sensata de la realidad de paridad estratégica alcanzada por la Unión Soviética en relación con los Estados Unidos, lo que obligaba a pergeñar una estrategia tendente a garantizar el “empate” permanente entre ambas superpotencias, impidiendo que ninguna de las dos corriera más riesgos permaneciendo a la defensiva que lanzándose al ataque nuclear.

Es curioso, a este respecto, observar cómo cierto estilo de ataque lanzado contra esa estrategia por pacifistas bien intencionados (la ya clásica descalificación del llamado “equilibrio del terror”) ha sido aprovechado por los halcones de la era de Reagan para justificar la necesidad de lograr una superioridad estratégica que per-

mita deshacer el empate y librar así a la humanidad (según los mencionados ideólogos) de la angustia de vivir permanentemente bajo la espada de Damocles nuclear: y ello bajo el curioso expediente de cortar cuanto antes la cuerda que sostiene la espada y “liberar” definitivamente a quienes sobrevivan... de todo vestigio de civilización. Una vez más se comprueba la insuficiencia de los análisis puramente formales, que tienden a reducir las motivaciones profundas a fenómenos superficiales, con lo que se pierde toda capacidad real de predicción.

Pero el general Nino Pasti no se queda en el terreno del mero diagnóstico. Su libro culmina en una serie de propuestas centradas en la idea siguiente: Europa, que está destinada en la estrategia americana a ser el principal campo de batalla de la guerra nuclear, puede y debe contribuir a su salvación y a la del mundo desenganchándose del tren estadounidense, dejando de ir a remolque de los movimientos del Pentágono. Esa disolución del bloque político-militar occidental habría de ir acompañada de un proceso análogo en el bloque oriental. Nino Pasti no ve obstáculos serios a esa propuesta por parte de la URSS. Si los ve, en cambio, por parte del actual gobierno de los EE.UU. y por parte de Francia y Gran Bretaña (las dos únicas potencias europeas que se han manifestado por ahora en contra de la “opción cero”). ¿Utopía? Quizá. Pero, en todo caso, no es una utopía mayor que la actualmente perseguida por gobiernos como el nuestro: ser fieles reclutas de los Estados Unidos y creer que, a la hora del rancho, los furriales de Washington nos van a dejar comer a la carta.

*Miguel Candel
Barcelona, 17 de marzo de 1987*

1

Reykjavik y sus consecuencias

Tenía escritas estas notas antes del fracaso de Reykjavik. Me parece que hoy son aún más necesarias y actuales, pues el lector que tenga la paciencia de leer estas pocas páginas apresuradas y ojear la documentación que las acompaña podrá hacerse una idea más cabal de las orientaciones americanas, de la atmósfera de la reunión cumbre y de las razones reales de su falta de éxito.

Tengo pocas dudas de que el presidente Reagan y su secretario de estado, Shultz, han sido víctimas de su propia propaganda. Reagan, “el gran comunicador”, no debería haber tenido dificultad en “llevar al huerto al inexperto principiante Gorbachov”, obteniendo un éxito que lo habría hecho pasar a la historia como el hombre que había logrado eliminar, siquiera parcialmente, el peligro nuclear, según la interpretación americana. El éxito, además, habría tenido mucha importancia para las elecciones parciales del 4 de noviembre, por la notable ayuda que hubiera supuesto para los candidatos republicanos.

La profunda desilusión de Reagan por no haber logrado su propósito podía leérsele en la cara a la salida del encuentro: sombría, tensa, fruncido el ceño con evidentes signos de despecho. Para el presidente de un gran país, era señal inequívoca de que había perdido el control de sus nervios. Pero aún más graves fueron las reacciones de Shultz, que no solamente tenía una cara sombría y ceñu-

da, sino que concluyó su conferencia de prensa del 12 de octubre con una afirmación grave para un diplomático de su experiencia: "Así que, en definitiva, estamos profundamente contrariados por los resultados". El "gran comunicador" había perdido la partida con el "novicio Gorbachov". Hubieron de pasar 24 horas para que Reagan, Shultz y los máximos exponentes del gobierno americano se dieran cuenta de la gravedad de su admisión inicial del fracaso, que tendría profundas consecuencias para la popularidad del presidente y los resultados de las elecciones. La acusación de falta de preparación, superficialidad e imprevisión queda registrada en la historia y no podrá eliminarla ningún intento propagandístico, porque Reagan sabía perfectamente que Gorbachov había afirmado muchas veces, públicamente, que sin una auténtica congelación de todos los experimentos hechos fuera del laboratorio en relación con el escudo espacial, la Unión Soviética no habría podido aceptar reducción alguna de los armamentos nucleares. Sin embargo, intentando salvar lo insalvable, el gobierno americano hubo de dar rápidamente marcha atrás invirtiendo por completo el juicio negativo emitido inmediatamente después de la conclusión del encuentro. Eso es lo que hicieron todos los exponentes máximos de la política de Reagan en una conferencia de prensa celebrada el 13 de octubre: Shultz, Perle, subsecretario de defensa y superhalcón del Pentágono, Poindexter, consejero presidencial para la seguridad nacional y encargado de preparar los embustes que ha de difundir la prensa americana y extranjera, como en el caso de Libia, Maltlock, consejero especial del presidente en cuestiones de seguridad nacional, lord Carrington, fiel secretario general de la OTAN, siempre sometido a la voluntad americana. En un giro de dos o tres días, todos los máximos exponentes americanos se agitaron frenéticamente para dar al mundo una valoración de Reykjavik diametralmente opuesta a la dada por Reagan y Shultz inicialmente, en un vano intento de hacer remontar el prestigio del presidente, a la sazón muy bajo.

Tengo la impresión de que el gobierno americano se ha intoxicado con su propia propaganda, que trata de convencer al mundo entero de que la economía de la URSS está descompuesta, su productividad es desdoblable, necesita a toda costa un tratado que límite los gastos en armamento, nunca será capaz de crear un escu-

do espacial propio por más que, en abierta contradicción con todo lo que siempre se ha dicho sobre el retraso tecnológico soviético, en la investigación espacial de punta la URSS iría por delante de los EE.UU. Y, además, que la Unión Soviética siempre ha vulnerado los tratados, que Gorbachov choca con considerables resistencias internas, que los militares se oponen a la reducción de los armamentos, etcétera. Toda esa propaganda ha impedido e impide siempre a los representantes oficiales del gobierno americano ver y conocer con claridad la realidad soviética. El convencimiento de Reagan de que "negociar desde una posición de fuerza", como afirmó también el 13 de octubre, le permite imponer sus condiciones a la Unión Soviética hace correr a todo el mundo graves peligros, ya que podrían ser superados los límites de tolerancia soviéticos, obligando a la URSS a adoptar contramedidas que, en lugar de conducir al desarme, agravarían seriamente la tensión y el peligro para todo el mundo, intensificando la carrera de armamentos, no sólo en la superficie sino también en el espacio.

Tras esta consideración preliminar considero necesario examinar brevemente lo que se dijeron ambas partes en Reykjavik. El presidente Reagan precisó, el día 13 de octubre de 1986, que: "Hemos propuesto un período de diez años durante el cual iniciariamos la reducción de todas las armas estratégicas, bombarderos, misiles de crucero lanzados desde aviones, misiles balísticos intercontinentales, misiles lanzados desde submarinos y las armas portadas por todos ellos. Su reducción sería del 50% en los primeros cinco años. Durante los cinco años restantes acabaríamos de eliminar todos los demás misiles balísticos de todos los alcances. Durante todo ese tiempo proseguiríamos el desarrollo y experimentación de la iniciativa de defensa estratégica (IDE)" (1). En resumen, las propuestas de Reagan prevén que al cabo de los diez años las dos partes tengan todavía un número apreciable de bombarderos estratégicos y de misiles de crucero lanzables desde aviones, submarinos y lanzadores terrestres. Se trata de armas en las que los Estados Unidos tienen una notable superioridad. En una conferencia de prensa celebrada el 14 de octubre Reagan precisó que: "He ofrecido retrasar el despliegue de una defensa estratégica avanzada durante diez años mientras las dos partes eliminan los misiles balísticos" (2).

El secretario general Gorbachov, en su conferencia de prensa del 12 de octubre, precisó que: "El quince de enero pasado (de 1986. N. del T.) presentamos una importante declaración en la que se formulaba un programa para la eliminación de las armas nucleares para el final del siglo ... (a Reykjavik) hemos traído un paquete completo de propuestas ... (para) tres proyectos de acuerdo: el primero sobre las armas estratégicas para reducirlas al menos en un 50% ... y reducir a la mitad todos los componentes de los armamentos estratégicos ofensivos: los misiles estratégicos de base terrestre, los misiles estratégicos de base submarina, los bombarderos estratégicos. La delegación americana ha aceptado este planteamiento ... Nuestra segunda propuesta se refería a los misiles de alcance medio ... destrucción total de los misiles de alcance medio soviéticos y americanos en Europa ... hemos dejado completamente de lado el potencial nuclear de Francia y Gran Bretaña ... hemos declarado que, al liquidar los misiles soviéticos y americanos en Europa acordaríamos mantener 100 cabezas nucleares en nuestros misiles de alcance medio y los americanos harían otro tanto con sus misiles en territorio de los EE.UU. ... Debe haber total transparencia en lo tocante al control. Y la Unión Soviética es partidaria de un triple control que garantizara la total seguridad de ambas partes ... Reforzamos el tratado permanente ABM mediante la adopción de compromisos iguales por las dos partes: en el curso de los próximos diez años las partes no tendrán derecho a denunciar dicho acuerdo (que permite) solamente la investigación y la experimentación en el laboratorio ... Estamos a la espera sin retirar nuestras propuestas" (3).

La comparación entre las dos propuestas revela que, para los primeros cinco años, ambas son equivalentes en lo que respecta a las armas estratégicas. Para los cinco años siguientes, las propuestas americanas tienden a reducir las armas —misiles balísticos de todos los alcances— en que la Unión Soviética tiene una ventaja, manteniendo en cambio los bombarderos, en los que son los Estados Unidos quienes ostentan superioridad. La Unión Soviética no hace propuestas explícitas para esos cinco años siguientes, limitándose a ratificar la propuesta global del 15 de enero sobre la eliminación total de todas las armas nucleares para el año 2000. Por lo que respecta a los misiles de alcance intermedio, Gorbachov pre-

cisa que ha hecho una gran concesión al aceptar no tener en cuenta el potencial nuclear de Francia y Gran Bretaña al hacer el cálculo de los misiles estratégicos, pese a que dicho potencial es en realidad plenamente estratégico para la Unión Soviética al estar en condiciones de golpear objetivos muy al interior de su territorio. En conjunto, las diferencias entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en lo que respecta a los misiles son modestas y parecen superables en la mesa de negociaciones. Donde la diferencia es insalvable es en la guerra de las galaxias, en la que Gorbachov quiere limitar la investigación y experimentación al laboratorio tan sólo y pide un reforzamiento del tratado ABM que impida a las dos partes denunciarlo durante los próximos diez años, mientras los Estados Unidos ofrecen únicamente no desplegar el escudo espacial antes de los diez años. Esta oferta, por lo demás, no constituye de hecho ninguna concesión, dado que ese escudo no estará listo antes de diez años, en la hipótesis más favorable, a saber, que los trabajos de investigación y experimentación procedan con la máxima rapidez, como afirmó el 24 de julio de 1986 el general James Abrahamson, director de la IDE. *En esta situación de total desacuerdo sobre un punto crucial que condiciona todas las negociaciones, hablar de optimismo como se esforzaron por hacer todos los altos cargos del gobierno americano, con el sumiso asentamiento de los gobiernos de la OTAN, aunque no todos, carece, por desgracia, de sentido.*

Pero las desgracias que han seguido a la cumbre de Reykjavik no acaban aquí. El complejo militar-industrial americano no perdió tiempo y trabajó activamente para obligar a Reagan a retirar sus propuestas sobre reducción, del tiempo que sea, de los armamentos nucleares. El senador Nunn, destacado miembro del senado americano, intervino en dicha cámara para oponerse a las propuestas de Reagan, y la situación al respecto era tan confusa que obligó al portavoz oficial de la Casa Blanca a una grotesca pirueta. Tras haber intentado justificar al presidente diciendo que en sus aclaraciones al senado sobre Reykjavik se había equivocado al elegir las palabras —*misspoken* en inglés—, trató de corregirse diciendo que habían sido mal comprendidas —*misunderstood* en inglés—. Mientras escribo estas notas no sé todavía cuál será la versión oficial, revisada y corregida, no de lo que Reagan dijo en Reyk-

javik, sino de lo que tendría que haber dicho de acuerdo con las presiones del complejo militar-industrial. Es este un hecho particularmente grave, no sólo porque demuestra que el presidente americano no es libre en absoluto de tomar las decisiones que considera necesarias, sino también porque aquellas que parecerían ser ofertas oficiales válidas se demuestra luego que no lo son y se ponen en discusión. Y esto no es sólo un hecho en el actual gobierno de Reagan. Una demostración clamorosa de la impotencia del presidente americano para tomar decisiones importantes se tuvo ya con el SALT II, un tratado que, tras un largo período de profundas negociaciones y tras la firma del presidente Carter, no fue ratificado por el senado americano. Ello reduce enormemente la confianza que puede tenerse en una negociación con el gobierno americano y la confianza en que, después de ratificado un tratado, vaya a ser respetado.

Las razones de la insistencia de Reagan en el escudo espacial son, en mi opinión, dos principalmente: la presión del complejo militar-industrial, de que ya he hablado, y el firme propósito de conseguir una superioridad militar tal que permita a los Estados Unidos forzar a la Unión Soviética a aceptar las imposiciones americanas e incluso destruirla físicamente, si así lo desean. Recuerdo que Weinberger declaró en cierta ocasión explícitamente que, si hay una guerra nuclear, los Estados Unidos *la ganarán*. Los planes de Reagan en Reykjavik son tan transparentes que pueden comprenderse fácilmente con un simple razonamiento de sentido común: el escudo espacial será tanto más eficaz cuantas menos cabezas nucleares esté la Unión Soviética en condiciones de lanzar. Para reducir las cabezas nucleares a disposición de la Unión Soviética conviene, no sólo lanzar un primer golpe americano, sino también reducir preventivamente mediante un tratado las cabezas nucleares de los misiles, esto es, llegar a una drástica reducción por convenio de los misiles de ambas partes. De ahí la propuesta de reducir durante los primeros cinco años el número de cabezas atómicas instaladas en los misiles de ambos bandos. Con esta propuesta la eficacia del escudo espacial aumenta automáticamente en un 50% o mucho más en realidad, ya que dicha eficacia es seguramente más que inversamente proporcional a la disminución de las cabezas atómicas lanzables por el enemigo. Esa disminución, por tanto, no tiene nada

que ver con el deseo de eliminar o reducir el peligro nuclear, sino que, muy al contrario, lo incrementa. También el período de cinco años tiene un significado muy preciso que va en el mismo sentido. El general Abrahamson, director de la IDE, en su declaración ya citada ha afirmado que el escudo espacial podría estar listo en unos diez años si la decisión final para su construcción se toma dentro de cinco años, y, naturalmente, durante esos cinco años la experimentación deberá llevarse a cabo en el espacio sin compromiso ninguno. Así se completa el cuadro: experimentación en el espacio necesaria para la puesta a punto técnica del escudo espacial y simultánea reducción del 50% de las cabezas de misiles. Transcurridos los primeros cinco años, es muy fácil para los Estados Unidos inventar cualquier pretexto para no seguir adelante con la reducción de dichas cabezas, denunciar el tratado ABM y mantener un número de cabezas nucleares estratégicas ampliamente suficiente para destruir varias veces la Unión Soviética.

Pero aun en el caso de que el futuro presidente de los Estados Unidos fuese fiel a los compromisos que pudiera contraer Reagan en el sentido de destruir todos los misiles nucleares en los próximos diez años, la IDE podría darles una superioridad decisiva a los EE.UU. Basta recordar lo que el gobierno americano dice que será la IDE y cuáles serán sus capacidades. Se trataría de armas dispuestas en el espacio, capaces de destruir los misiles enemigos apenas lanzados y las cabezas nucleares enemigas a lo largo de su trayectoria, antes de que llegaran a territorio americano. La capacidad de destruir los misiles soviéticos inmediatamente después de su lanzamiento indica que esas armas espaciales han de tener una capacidad destructiva notable, puesto que los misiles, como es obvio, no están hechos de cartón. Esta capacidad destructiva puede emplearse fácilmente contra objetivos que, por su función, no puedan estar protegidos, como el radar y las defensas antiaéreas. Las armas espaciales podrían así abrir fácilmente corredores sin defensa en el territorio enemigo destruyendo preventivamente el radar y las defensas antiaéreas, corredores a través de los cuales los bombarderos y los misiles de crucero americanos que Reagan quiere mantener podrían descargar su ataque, con total seguridad, sobre territorio soviético. Quisiera precisar que esto no es una rebuscada invención mía. Como se aclara en las páginas ulteriores del libro,

importantes científicos americanos consideran que los radares americanos y soviéticos instalados en el interior de los respectivos países y no en la periferia tienen precisamente la finalidad de evitar su destrucción por los misiles de crucero lanzados desde submarinos, pues esa destrucción impediría detectar un posible primer golpe enemigo y, en consecuencia, ordenar la respuesta. Ahora bien, los misiles de crucero pueden ser avistados e interceptados si han de realizar un trayecto muy largo, mientras que las armas espaciales, en cambio, no corren ese riesgo. Constituyen, pues, un medio seguro para neutralizar el radar y las defensas enemigas. Con el progreso de la tecnología se puede incluso llegar a una potencia tal de las armas espaciales que permita usarlas directamente en un primer golpe.

Para concluir sobre este punto, debo observar que carece de toda lógica y racionalidad la afirmación del presidente de los Estados Unidos de querer desplegar el escudo espacial aun después de que se hubiesen destruido todas las cabezas de misiles nucleares de ambas partes “para protegerse de posibles engaños y violaciones soviéticas”. Antes de gastar sumas colosales en la guerra de las galaxias, habría, por lo menos, que haber profundizado en las posibilidades de control sobre las que tanto ha insistido Gorbachov. No haberlo hecho indica claramente que se trata de una excusa carente de validez. Es del todo irracional, entre otras cosas, la justificación del escudo dada por Weinberger en una conferencia de prensa del 26 de septiembre de 1986: “Lo cierto es que nuestra defensa estratégica no tiene por qué ser impermeable al 100% para proporcionar un margen extraordinario de disuasión. Incluso una defensa parcialmente eficaz convencería a Moscú de que un primer golpe sería totalmente inútil, y una vez que hubiéramos hecho vano e impensable un primer golpe soviético, habríamos aumentado enormemente la estabilidad y edificado la disuasión sobre bases sólidas” (4). Con esta declaración, Weinberger abandona por completo el concepto inicial básico de la IDE, a saber, una capacidad total de defensa para el pueblo americano y sus aliados, para volver al concepto de disuasión de McNamara, es decir, a la represalia tras haber sufrido el ataque de un eventual primer golpe soviético que produciría en los Estados Unidos destrucciones colosales ocasionadas por aquellas cabezas nucleares que, según la expli-

cita admisión de Weinberger, llegarían a superar el escudo espacial. Para obtener ese mísero resultado, América gastaría miles y miles de millones de dólares cuando ya hoy se posee una capacidad de disuasión equivalente, proporcionada por los misiles que sin duda sobrevivirían a un primer golpe soviético en cantidad más que suficiente para destruir muchas veces la Unión Soviética si esta lanzase un primer golpe nuclear. Por otra parte, la doctrina oficial americana es que los Estados Unidos se preparan para ganar la guerra nuclear y que en esa preparación la IDE desempeña un papel tan importante que merece unos gastos astronómicos.

Me parece, por tanto, legítimo concluir que el escudo espacial no tiene fines defensivos, sino que es un elemento fundamental en la estrategia americana de ganar la guerra nuclear.

Después de Reykjavík

Es arriesgado, sin duda, avanzar hipótesis sobre lo que pueda suceder tras el fracaso de Reykjavík. El punto crucial es la experimentación del escudo espacial fuera del laboratorio. Así como creo que en los diversos foros de negociación hoy existentes proseguirán las discusiones sobre este punto, considero que la Unión Soviética no podrá en modo alguno aceptar que el escudo espacial se despliegue sin adoptar contramedidas adecuadas: las discusiones habrán de tener fundamentalmente la finalidad de hacer conocer mejor a los pueblos del mundo cuáles son los peligros de esta nueva carrera de rearme en el espacio. Considero necesario, por tanto, que al final de cada ciclo de discusión se presenten claramente los resultados alcanzados a la opinión pública mundial y también, y sobre todo, en el interior de la Unión Soviética y de los Estados Unidos, porque, en definitiva, son los pueblos que deben decidir sobre su futuro.

En el campo de los misiles de alcance intermedio, en cambio, es posible que se llegue a un acuerdo venciendo la resistencia de los militares de la OTAN que, después de haber justificado el despliegue de los Pershing II y los misiles de crucero en Europa como necesarios para contrarrestar los SS-20 soviéticos, hoy se oponen a su retirada rechazando aquella famosa opción “cero” que había

sido el argumento determinante en la decisión de desplegar los euromisiles. Y también en este punto conviene informar exactamente a la opinión pública mundial sobre las mentiras dichas por los militares y aceptadas sin ningún criterio por los políticos.

2

La hipocresía de los Estados Unidos

Reagan ha extremado los preparativos militares con presupuestos astronómicos y con nuevas tecnologías, y ha agudizado también hasta el paroxismo la guerra fría con la hipócrita excusa de los derechos humanos, de la democracia y del terrorismo, con la expresa intención de conseguir en relación con la Unión Soviética una superioridad militar y política global capaz de forzarla a la rendición incondicional, con o sin guerra nuclear. Sin embargo sería erróneo creer que Reagan haya “inventado” esa orientación americana, que en realidad tiene raíces muy profundas en la historia de los Estados Unidos de América. Considero imprescindible que el mundo se dé cuenta de este hecho para evitar la ilusión de que, sustituido Reagan en un próximo futuro, vaya a cambiar también la política imperialista americana. No tengo ninguna duda, como trataré de explicar a continuación, de que para cambiar esa política y para promover un clima mundial pacífico y estable es necesario que todos los países del mundo adquieran una correcta comprensión de la política americana para impedir, con un esfuerzo solidario mundial, que aquella pueda llevarnos al holocausto final.

Los americanos están tan orgullosos de su “Declaración de Independencia”, que no cesan de pregonarla a los cuatro vientos. Thomas Jefferson, en junio de 1776, escribía: “Nosotros consideramos evidentes por sí mismas estas verdades: que todos los hom-

bres han sido creados iguales y que les han sido concedidos por el Creador algunos derechos inalienables como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad". Un importante historiador americano se pregunta: "¿Pensaba Jefferson en los negros cuando escribía: 'todos los hombres han sido creados iguales'? Su carrera posterior indica que no. Su opinión es que los negros no son hombres" (5). En efecto, Jefferson fue hasta su muerte un esclavista convencido. La guerra de secesión de 1861 entre confederados y unionistas ha sido erróneamente presentada como una guerra por la abolición de la esclavitud. Los hechos son muy diferentes. El presidente Lincoln, artífice de esa guerra, escribía en agosto de 1862: "Mi objetivo más importante con mucho en esta lucha es salvar la Unión, no salvar o destruir la esclavitud" (6). En realidad la emancipación de los esclavos dejó a los negros en una situación mucho peor que la esclavitud, puesto que no estaban ya bajo la protección de sus antiguos amos, para quienes en la época de la esclavitud representaban un considerable patrimonio que debía, por tanto, ser vigilado y mantenido, ni estaban tampoco bajo la protección del estado, que en lugar de ello toleraba y promovía una segregación degradante y dejaba sin castigo graves crímenes cometidos por organizaciones ferozmente racistas, como el Ku Klux Klan. Por otra parte, la situación de los negros en los Estados Unidos dista mucho aún hoy de ser comparable a la de los blancos. La integración retrocede en lugar de avanzar, mientras el Ku Klux Klan no sólo no ha desaparecido, sino que participan en el hasta soldados regulares americanos (7). Las estadísticas oficiales demuestran que aún hoy los Estados Unidos son una nación racista en la que los no-blancos tienen porcentajes de pobreza y desempleo muy superiores a los de los blancos.

Para los pieles rojas el discurso ha de ser forzosamente diferente en la forma, pero no en la sustancia. Durante el período colonial las naciones indias fueron tan pronto aliados como enemigos de los americanos en las luchas coloniales. Lo cierto es que esas naciones estaban formadas por un pueblo fiero, generoso y combativo que no podía equipararse en modo alguno a los esclavos negros. Por otra parte, la recién nacida república de los Estados Unidos, que ocupaba los territorios que durante siglos habían pertenecido a los indios, estaba en la necesidad de no enemistarse con

las tribus indias, por lo que el día 1.º de junio de 1789 el congreso concluyó el primero de los 371 tratados formales con las naciones indias, tratados que en realidad no fueron nunca respetados. El propio George Washington estableció, en numerosos mensajes y leyes, los principios básicos para tratar con los indios, que comprendían, entre otras cosas, la garantía de propiedad de las tierras que se les asignaran. Pero el primer presidente fue el primero en no respetar los principios por él establecidos, al construir un fuerte junto a una aldea india sin el consentimiento de sus habitantes. Este hecho desencadenó una serie de sangrientas batallas entre indios y americanos. Pero aquella fue sólo una más de la serie ilimitada de acciones contrarias a los propios tratados solemnemente firmados por el congreso americano, acciones que privaban a los pieles rojas, no sólo de sus tierras, sino también de sus vidas. No fueron únicamente el alcohol, las enfermedades y las acciones más o menos individuales de los colonos blancos lo que exterminó la población de pieles rojas, sino que las propias leyes del estado contribuyeron de manera determinante a dicho exterminio. En 1830 el congreso aprobó una ley para el traslado de los indios de los territorios del este, violando por completo las leyes federales. Así dio comienzo la que ha sido recordada como "senda de las lágrimas" (8) para el traslado de los indios hacia el oeste, complicado por las enfermedades y las acciones militares. En 1860 la nación india creek había perdido aproximadamente el 40% de su población (9). En 1838 las tropas regulares del general Winfield Scott obligaron a los indios cherokee a abandonar su territorio. El viaje les costó una cuarta parte de la población (10). Honestamente hay que reconocer que Colón no se comportó mucho mejor con los habitantes de las tierras que descubrió. En el lapso de cincuenta años los habitantes de La Española, que los etnólogos cifran en 300.000 en el año 1492, habían desaparecido por completo, asesinados unos, vendidos como esclavos otros (11). Volviendo a los indios de los Estados Unidos, las historias arriba mencionadas no corresponden a épocas lejanas, sino que son aún de actualidad. Los descendientes de la Confederación Iroquesa poseen todavía una pequeña reserva junto a las cataratas del Niágara que les ha sido arrebatada en parte para construir un gran estanque de agua, pese a una inútil apelación al Tribunal Supremo de los Estados Unidos en 1960 (12).

Respecto al “terrorismo de estado”, citaré un pasaje del discurso del Premio Nobel de la Paz Seán McBride: “La matanza de dos millones de personas en Camboya por el régimen de Pol Pot, protegido por los Estados Unidos, la matanza de los refugiados palestinos en los campos de refugiados de Shatila y Sabra, el bombardeo de aldeas indefensas en el Líbano por parte de los mayores navíos de guerra de los Estados Unidos: todo eso son formas de terrorismo internacional gubernamental. Dondequiera que asistamos a actos de terrorismo armado y a violaciones de las leyes internacionales en el mundo de hoy, solemos comprobar que los Estados Unidos están implicados: en Chile o en Palestina, El Salvador, Granada, Nicaragua. El gobierno americano tiene hoy tal desfachatez que ni siquiera se preocupa ya de ocultar sus acciones. Utiliza a la CIA para minar las aguas de América Central. Sostiene a bandas de asesinos adiestrados por la misma CIA” (13).

Terrorismo de estado y negación de la democracia van necesariamente de la mano en los Estados Unidos. “En el decenio comprendido entre 1950 y 1960 los Estados Unidos reanudaron su estrategia de ayudar o imponer regímenes al estilo ‘gorila’, como Ubico en Guatemala, Batista en Cuba, Trujillo en la República Dominicana, Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, Rojas Pinilla en Colombia, Duvalier en Haití, Somoza en Nicaragua, Castillo Armas nuevamente en Guatemala, etcétera. Un breve repaso demuestra que en 1954 fue derrocado el gobierno democrático de Jacobo Arbenz en Guatemala. En 1961 John F. Kennedy apoyó el desembarco de mercenarios en Bahía Cochinos contra el pueblo cubano y su revolución. En 1963 los militares americanos organizaron en la República Dominicana un “putsch” contra el gobierno del profesor Juan Bosch. Soldados yanquis estacionados en la zona del Canal de Panamá cañonearon a 23 jóvenes que pretendían izar la bandera panameña en aquel territorio. En 1964 el gobierno de Lyndon B. Johnson y la CIA organizaron el complot y dirigieron el golpe militar fascista que provocó la caída del presidente del Brasil Joâo Goulart. En 1965 22.000 soldados estadounidenses intervinieron en el territorio dominicano para impedir el triunfo de la revolución” (14). Y a propósito del Canal de Panamá y de la intervención americana en la República Dominicana quisiera añadir dos informaciones que me parecen interesantes. El presidente Theodore

Roosevelt deseaba construir el Canal de Panamá. Al no lograr convencer a Colombia de que cediera la soberanía de la zona donde debía hacerse la obra, organizó una revuelta en noviembre de 1903, con el apoyo de naves de guerra y soldados americanos, que determinó la secesión de Panamá respecto de Colombia. La nueva República de Panamá, agradecida “arrendó” la zona del canal a los Estados Unidos “a perpetuidad” (15). Respecto a la intervención americana en la República Dominicana, el pretexto fue la defensa de vidas americanas, tradicional uso del poder reservado al ejecutivo, que no exigía la autorización del congreso. Pero 22.000 soldados americanos eran casi 100 veces más de lo que habría sido necesario para aquella misión concreta. La verdadera razón del presidente Johnson, como declaró él mismo, era que “no pensamos quedarnos aquí sentados en nuestra mecedora de brazos de mimbre y dejar que los comunistas establezcan el gobierno que quieran en el hemisferio occidental” (16). Como se ve, la doctrina de Brezhnev en 1968 sobre la “soberanía limitada” tiene precedentes americanos que en realidad se remontan a mucho antes, como aclararé a continuación.

Una descripción interesante de cómo trabaja la CIA cuando quiere subvertir un gobierno establecido con elecciones democráticas libres, pero que no es del agrado de los Estados Unidos por sus tendencias de izquierda, fue dada por el entonces vicepresidente Mondale en una conferencia de prensa celebrada el 23 de febrero de 1979. Declaró: “Fuimos a Chile y alentamos el secuestro de un general que dirigía el servicio militar y que creía en la democracia constitucional. No queríamos que se le matara, pero participamos en el secuestro y lo alentamos, y hubo otros que lo mataron. Fuimos allá y tratamos de corromper a los parlamentarios y lo logramos. Les dimos dinero para convencerlos de que votaran como nosotros queríamos. Dimos dinero a los sindicatos para que fomentaran desórdenes y destruyeran la economía” (17). Y así, a base de asesinatos y de dólares, un gobierno democrático libremente elegido fue sustituido por una feroz dictadura y aún hoy el pueblo chileno paga duramente las consecuencias de la acción de la CIA.

Quisiera cerrar este breve repaso histórico con la definición dada por el Premio Nobel americano sobre quién manda realmente en los Estados Unidos: “El presidente Reagan no es el amo, es el

criado. A veces se piensa que el amo es el Pentágono. No, es el criado. Pero entonces ¿quién es el amo? El amo en mi país es un consorcio de empresas transnacionales y de bancos. Primero tuvo éxito dirigiendo el mundo de manera informal, pero luego, curiosamente, ha creado una organización formal. David Rockefeller, a la sazón presidente del Chase Manhattan Bank y, como todos los Rockefeller, profundamente introducido en los negocios petrolíferos, fundó la Trilateral Commission —TLC— en 1973. Se llama Trilateral porque corresponde a tres partes del mundo: Estados Unidos y Canadá en América del Norte, las naciones de Europa Occidental y el Japón. Tiene oficinas (principales) en Nueva York, París y Tokio. Representa la mayor concentración de riqueza y de poder económico que se haya reunido nunca en la historia del mundo. Representa el sistema que más se aproxima hoy a un gobierno mundial” (18).

Nacimiento y evolución del imperialismo americano

La primera definición del imperialismo americano la formuló el presidente Monroe y se conoce precisamente como “doctrina Monroe”. En diciembre de 1823 el presidente precisó: “Consideramos cualquier intento por su parte (de las potencias europeas) de extender su sistema (colonial) a cualquier parte de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y nuestra seguridad” (19). En compensación el presidente se comprometía a no intervenir en los conflictos europeos. Con palabras más simples, esa doctrina podría expresarse con el lema: “América para los americanos”. En realidad los Estados Unidos se sentían ya lo bastante fuertes en América como para poder “contratar” con las potencias europeas una “neutralidad” que les habría dejado mano libre en el continente americano. Superada la grave crisis de la guerra de secesión y consolidada la potencia de los Estados Unidos, la doctrina Monroe adoptó una forma más nítidamente imperialista. Con ocasión de una controversia fronteriza entre la Guayana inglesa y Venezuela, Olney, secretario de estado del presidente Cleveland, en una nota enviada a Inglaterra el 20 de julio de 1895, afirmaba que: “Hoy

los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente. Sus órdenes son leyes para los sujetos a quienes se imparten” (20). No se trataba, pues, de “América para los americanos”, como en la edición anterior de la “doctrina Monroe”, sino de “América para los Estados Unidos”. La versión final de la “doctrina Monroe” la anunció el presidente Theodore Roosevelt en su mensaje sobre el estado de la Unión de 1904: “La mala administración y la impotencia crónicas (de los estados americanos), que ha producido una relajación general de los vínculos de la sociedad civil, ... obliga a los Estados Unidos a ejercer, aunque con relucencia, en casos flagrantes de mala administración y de impotencia, los poderes de una policía internacional” (21). Para evitar que las naciones europeas acreedoras de naciones americanas pudiesen intervenir ante sus deudores para exigir el pago de las deudas, los Estados Unidos se arrogaban el derecho a suplantar a las naciones deudoras en la recaudación de los impuestos a las naciones deudoras y distribuir a su arbitrio parte de esos impuestos para reembolsar las deudas y parte para el funcionamiento de los estados deudores. La primera ocasión para aplicar el “corolario Roosevelt”, como se llamó a la declaración del presidente americano, se presentó en 1907, cuando el presidente de los Estados Unidos fue autorizado a nombrar un “recaudador general” para la recaudación de los impuestos en la República Dominicana. Como es natural, los Estados Unidos proporcionaban al “recaudador general la protección necesaria para el desempeño de sus funciones” (22). En otras palabras, el recaudador general estaba bajo la protección de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. El modelo aplicado en la República Dominicana se repitió en Honduras en 1911, en Nicaragua en 1911 y 1914, en Haití en 1915. Los *marines* intervinieron en Nicaragua en 1912 y ocuparon el país hasta 1925, volvieron al año siguiente y se retiraron definitivamente en 1933. Los *marines* americanos ocuparon Haití desde 1915 hasta 1934, pero el recaudador general se mantuvo hasta 1947. Los *marines* desembarcaron en Haití en 1924 y permanecieron allí un año. De este modo la “diplomacia del dólar” y la “diplomacia de las cañoneras” iban a la par en la formación de la política exterior americana en América Central y en el Caribe (23). Escribe el presidente Eisenhower en sus memorias: “A principios de este siglo, cuando los americanos in-

tervinieron en Camboya, Panamá, Nicaragua, Honduras, Haití, la República Dominicana, Méjico, fue el período de la políticas de las cañoneras de los Estados Unidos, y, según ellos (los países americanos vecinos), el período en el que las empresas americanas explotaban a las 'repúblicas bananeras' ” (24).

Al final de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos se encontraron en una situación de fuerza y de potencia sin precedentes en la historia mundial. Con unas pérdidas modestas, 352.899 muertos, y con un costo económico no menos modesto, 34.000 millones de dólares durante toda la guerra, los Estados Unidos se habían asegurado una supremacía mundial indiscutible en el terreno agrícola, industrial y comercial. En el terreno militar tenían el monopolio atómico, es decir del arma que se consideraba definitiva en cualquier conflicto. La otra potencia mundial, la Unión Soviética, estaba al límite de sus fuerzas: más de 20 millones de muertos —60 muertos soviéticos por cada muerto americano—, destrucciones terribles en la parte más rica del país, mientras los Estados Unidos, a excepción de Pearl Harbor, no habían sufrido la más mínima destrucción en su propio territorio. En esa situación, la idea de que la Unión Soviética pudiese emprender una invasión de Europa, que habría desencadenado inevitablemente una guerra con los Estados Unidos, era absurda desde el punto de vista racional, militar y políticamente hablando. La verdad era exactamente la opuesta: eran los Estados Unidos quienes, aprovechando una posición de fuerza excepcional y probablemente irrepetible, querían eliminar para siempre aquella única potencia que podía impedir o dificultar su dominio mundial absoluto. Y los Estados Unidos iniciaron enseguida los preparativos para la “guerra fría”, que debía tener como elemento central el empleo del arma nuclear. He de recordar al respecto que los Estados Unidos emplearon dicha arma en Hiroshima y Nagasaki cuando ya el Japón quería negociar la rendición, matando a centenares de miles de personas que nada tenían que ver con la guerra, con el único fin de demostrar a la Unión Soviética la terrible potencia de esas nuevas armas. Hiroshima y Nagasaki constituyen crímenes que la humanidad no podrá nunca perdonar ni olvidar. Para hacer verosímil la amenaza atómica, escribe Truman en sus memorias, “quiero evitar cualquier posible

error al respecto; yo consideré enseguida la bomba como un arma militar y nunca tuve la menor duda sobre la necesidad de emplearla” (25). Pronto le hace eco Churchill: “la cuestión de saber si se había de utilizar o no la bomba atómica no se planteó nunca ni por un instante” (26).

En aquella época el único medio portador del arma atómica era el avión de bombardeo, y los bombarderos de aquella época tenían una autonomía relativamente limitada. La primera exigencia que se les planteó, pues, a los planificadores militares americanos fue la de disponer de bases aéreas en los países que circundan la Unión Soviética, para montar desde allí la ofensiva atómica. Esta exigencia fue pronto presentada oficialmente por el presidente Truman durante el discurso pronunciado en la fiesta de la marina, del 27 de octubre de 1945: “Aparte del derecho a establecer las bases necesarias para nuestra protección, no queremos ninguna de las cosas que pertenecen a las demás potencias” (27). Una vez establecido el dominio mundial, los Estados Unidos, basándose en las experiencias pasadas, no trataron de imponer dominaciones coloniales, sino sólo gobiernos locales sometidos a los intereses americanos, cosa que por supuesto hicieron y hacen aún hoy día. Las imprescindibles bases aéreas debían establecerse mediante una cadena de alianzas en Europa y en oriente —Japón, Corea, Vietnam, etcétera—. La Alianza Atlántica era y es, por su posición geográfica y por la importancia de las naciones que la componen, un elemento indispensable para la guerra atómica contra la Unión Soviética. Para promover y hacer aceptar la Alianza Atlántica hacían falta dos tipos de preparativos: en los Estados Unidos, para vencer la reluctancia de amplios estratos de la población, fieles todavía a la doctrina Monroe y poco dispuestos a aceptar compromisos fuera del territorio americano; en Europa, para ganarse a unos pueblos que no consideraban a la Unión Soviética ni militar ni socialmente peligrosa y miraban con interés y simpatía el comunismo. A fin de vencer la reluctancia de los americanos, la formulación del Tratado del Atlántico Norte está hecha de tal manera que deja a los Estados Unidos total libertad para decidir la oportunidad y el modo de intervenir en Europa. El artículo 5 del Tratado, tan ensalzado como prueba de solidaridad atlántica, dice en realidad que un ataque contra un aliado es un ataque contra todos, pe-

ro más adelante precisa que “(las Partes) convienen que, en tal caso, cada una de ellas, ejercitando el derecho de autodefensa individual y colectiva reconocido en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, asista a la Parte o Partes atacadas tomando inmediatamente, de forma individual o de acuerdo con las otras Partes, las medidas que se estimen necesarias, incluido el empleo de las fuerzas armadas, para restaurar o mantener la seguridad en la zona del Atlántico Norte”. En otras palabras, una eventual intervención americana en defensa de Europa podría limitarse tan sólo a una anodina nota diplomática, según los intereses americanos concretos. Por el contrario, si los americanos decidieran la guerra contra la Unión Soviética, los aliados europeos se encontrarían inmediatamente envueltos, quisieran o no, ya que las bases americanas establecidas en sus territorios se convertirían en objetivos de la represalia soviética. Más complicada fue la tarea del gobierno americano destinada a convencer a las naciones europeas para que aceptaran la Alianza Atlántica. El 12 de marzo de 1947 el presidente Truman enunció la doctrina que lleva su nombre y en la que se declara: “La política de los Estados Unidos debe ser el sostén de los pueblos libres que resisten a tentativas de sojuzgamiento por parte de minorías armadas o de presiones externas” (28). Era la primera vez que el gobierno americano anunciaría oficial y públicamente su intervención para impedir que los pueblos europeos pudieran darse el régimen que desearan, libremente elegido por ellos. El dominio americano sobre Europa Occidental se hizo así total y completo. La doctrina Truman sobre la “soberanía europea limitada” tuvo la consecuencia inmediata de determinar una ayuda militar y económica a Grecia y a Turquía para hacer fracasar la revolución comunista en los dos países. Además la proclamación de la doctrina Truman tuvo lugar al mismo tiempo que se celebraba en Moscú una reunión de los ministros de relaciones exteriores americano, inglés, francés y ruso para discutir las modalidades de los tratados de paz. Como es natural, la proclamación de la doctrina hizo fracasar por completo la reunión, acentuando el clima de tensión entre la Europa del Este y la del Oeste, tal como deseaban precisamente los americanos, que no deseaban en modo alguno llegar a un arreglo pacífico. Para completar en la esfera económica la doctrina Truman, el gobierno americano puso en marcha

el Plan Marshall, así llamado en honor de su promotor, el secretario de estado general Marshall, y expuesto en un discurso al congreso el 5 de junio de 1947. Con unos gastos totales aproximados de 13.500 millones de dólares en cuatro años, algo más de 3.000 millones por año, los Estados Unidos se aseguraron el control de la economía de Europa Occidental, su consiguiente sometimiento a las imposiciones americanas y la adhesión a la Alianza Atlántica. La finalidad del Plan Marshall la explicitó claramente el presidente Truman, al escribir en sus memorias que él debía disipar “las sombras de esclavitud del comunismo ruso” (29). El objetivo anti-soviético del Plan era tan evidente que el presidente americano se asombró de la participación, en las discusiones preliminares, de una delegación soviética encabezada por el ministro de relaciones exteriores, Molotov. Como es natural, apenas conocidos los detalles del Plan, la delegación soviética afirmó, entre otras cosas, que abriría un foso insalvable que dividiría a Europa, tal como ocurrió en realidad. Conviene recordar aquí que la división de Europa en esferas de influencia había sido propuesta por Churchill a Stalin en octubre de 1944 en Moscú, y sancionada en la Conferencia de Yalta. Tras las acciones del gobierno americano arriba indicadas, los tiempos estaban maduros para la aprobación del Tratado de la Alianza Atlántica, que se firmó en Washington el 4 de abril de 1949. Como he precisado ya, las bases aliadas europeas eran indispensables para llevar impunemente la guerra atómica en profundidad al territorio soviético, ya que la Unión Soviética no tenía aún el arma atómica. Según las previsiones americanas, la Unión Soviética no tendría sus propias armas atómicas antes de cuatro o cinco años, tiempo más que suficiente para forzar a la URSS a la rendición. Pero las cosas ocurrieron de manera diferente y el monopolio atómico de la Alianza duró exactamente cuatro días. El Tratado entró en vigor el 24 de agosto de 1949, con el depósito de las ratificaciones, y el 29 de agosto del mismo año la Unión Soviética hizo explotar su primera arma atómica, con gran consternación de Truman, que escribe en sus memorias: “Me vi sorprendido por los rápidos progresos de los rusos, realizados con tanta anticipación sobre lo previsto” (30). Desde entonces los Estados Unidos se han visto con frecuencia confundidos por su misma propaganda, que les hacía creer que la tecnología soviética estaba tan

atrasada que era incapaz de mantener el ritmo impuesto por la tecnología americana. De modo que se inventó, a partir de entonces, “el espionaje militar” soviético, que aún hoy día es objeto de gran propaganda en Occidente. Con el arma atómica en manos soviéticas, no podía ya aplicarse el plan americano, ya que la URSS tenía la posibilidad de replicar al ataque atómico, especialmente contra los aliados europeos, más accesibles a los aviones soviéticos procedentes de sus bases en Europa Oriental. La firme oposición de los aliados europeos al empleo del arma atómica americana se manifestó explícitamente con ocasión de que el presidente Truman declarara su intención de usar dicha arma en la guerra de Corea. Escribió el presidente en sus memorias: “En Londres, 100 diputados laboristas ingleses firmaron una carta dirigida al primer ministro Attle para protestar contra el eventual empleo de la bomba ... A quien haya leido las actas del debate no podrá pasarle por alto el hecho de que los ingleses estaban realmente preocupados” (31).

Para acabar con el tema de la Alianza Atlántica, recordaré que, con la habitual doblez del lenguaje americano, en el preámbulo del Tratado se precisa que los estados signatarios “están decididos a salvaguardar la libertad, la herencia común de sus pueblos, fundada sobre el principio de la democracia, de las libertades individuales y del respeto de la ley”. La realidad era exactamente la opuesta, ya que Portugal, miembro fundador de la Alianza, era en aquel momento una feroz dictadura, y el golpe de estado de los coronellos en Grecia y de los generales en Turquía fue apoyado por la CIA.

Antes de cerrar este capítulo quisiera desmentir otra de las afirmaciones propagandísticas americanas sobre la oferta hecha por los Estados Unidos a la Unión Soviética para el control de las armas atómicas cuando todavía los Estados Unidos poseían el monopolio. La opinión pública mundial, horrorizada ante el genocidio de Hiroshima y Nagasaki y ante la amenaza que tales armas representaban para la humanidad, pero también interesada en la posible utilización de la energía atómica con fines pacíficos, obligó a las Naciones Unidas a examinar las medidas necesarias para el control de las armas nucleares. Los Estados Unidos, como principales responsables en la materia, presentaron el 14 de junio de 1946 el “Plan Baruch”, bautizado con el nombre de su presentador, plan no muy bien definido que, sin embargo, preveía la crea-

ción de una “Autoridad Internacional para el desarrollo atómico”, con plenos poderes en relación con todos los problemas atómicos y con potestad para sancionar con castigos frente a los cuales ninguna de las cinco naciones vencedoras en la guerra habría tenido derecho de voto. Esa Autoridad Internacional habría estado dirigida en la práctica por los Estados Unidos, ya que eran los únicos que poseían los conocimientos técnicos necesarios para juzgar si los actuales procesos atómicos nacionales eran de naturaleza pacífica o militar. El plan preveía que, sólo tras una larga serie de exámenes de los procesos atómicos, desde la extracción del mineral hasta su utilización final, los Estados Unidos habrían puesto fin a la producción de armas atómicas y decidido qué hacer con las ya producidas. El Plan Baruch, como es obvio, tendía tan sólo a perpetuar el monopolio americano, impidiendo a la Unión Soviética la construcción de las instalaciones necesarias para la producción de la bomba. Que ese era en realidad el objetivo del plan lo admitió el propio Baruch, que el 5 de diciembre de 1946 declaró durante la sesión de las Naciones Unidas: “No puede haber un desarme unilateral de los Estados Unidos por el que estos renuncien a la bomba, con el único resultado de su debilitamiento. ¡Eso nunca!” (32). Nadie habla nunca en Occidente (aunque tampoco en Oriente) de la propuesta hecha el 17 de junio de 1946, también en las Naciones Unidas, de un proyecto soviético de control atómico con tres puntos claros y simples:

1. Prohibición del uso de las armas nucleares en cualquier circunstancia;
2. Interdicción de producir y almacenar armas atómicas;
3. Destrucción en el plazo de tres meses de todas las armas existentes.

Si los Estados Unidos hubiesen aceptado el plan soviético, la humanidad se habría librado para siempre de la amenaza nuclear cuando todavía era ello posible. Pero aceptar el plan soviético habría querido decir para los Estados Unidos aceptar la competición pacífica con los soviéticos en el plano socio-económico, cosa que, ni entonces ni después, ni hoy, están dispuestos a hacer.

La propaganda americana, en su intento de dar una apariencia “defensiva” a su política militar de aquella época, llamó a la estrategia del período Truman “estrategia de la contención”. Natu-

ralmente, todos los países occidentales han adoptado, sin ningún tipo de indagación histórica, esa definición, desmentida por el propio presidente Truman, que en sus memorias escribe: "Nuestra política exterior fue erróneamente calificada por algunos políticos de política de contención. Eso no es verdad. Nuestro objetivo era mucho más amplio. Estábamos trabajando por un mundo unido, libre y próspero" (33). En el vocabulario de Truman "libre" significa claramente "no comunista".

El secretario de defensa Weinberger, en una declaración hecha el año pasado ante el senado, afirmaba que "en los primeros cinco años siguientes a la segunda guerra mundial, el objetivo de la política nuclear de los Estados Unidos era el de contribuir a la disuasión ante un ataque convencional soviético a gran escala contra nuestros aliados europeos. Si la disuasión hubiese fracasado, los planes preveían que las fuerzas aliadas derrotasen al ejército rojo de manera semejante a como nuestras fuerzas habían derrotado a la Wehrmacht y que las armas nucleares estadounidenses se usaran contra objetivos de la Unión Soviética, en un intento de destruir de un solo golpe demoledor la capacidad de la URSS de proseguir la guerra" (34). Esta declaración del máximo representante político-militar del gobierno de Reagan confirma que las fuerzas del ejército rojo podían en aquella época ser derrotadas por las fuerzas convencionales aliadas, mientras las fuerzas nucleares americanas destruían por completo la Unión Soviética con "golpe demoledor", llamado hoy en la jerga militar "primer golpe".

De esta primera relación de datos históricos se pueden extraer algunas consecuencias importantes.

1) *No es verdad que cuando los Estados Unidos tenían el monopolio nuclear no lo hubieran querido usar contra la Unión Soviética, muy al contrario: pese a que aceleraron al máximo los preparativos con ese fin, fueron alcanzados en su carrera por la tecnología soviética.*

2) *No es verdad que cuando los Estados Unidos tenían el monopolio atómico hubieran propuesto a la Unión Soviética un control de las armas atómicas. El tan ensalzado Plan Baruch tenía como finalidad perpetuar el monopolio americano.*

3) *No es verdad que en la posguerra haya habido una política americana de contención. La política de los Estados Unidos estu-*

vo desde un principio orientada a la preparación de un ataque atómico "demoledor" contra la Unión Soviética.

4) *Fueron las armas atómicas soviéticas las que desde entonces, como se verá también a continuación, han impedido la guerra atómica preparada por los Estados Unidos, debido a la amenaza de represalias, especialmente contra los países europeos de la Alianza Atlántica.*

La evolución de la estrategia nuclear americana

Reagan, Weinberger, Shultz y, en general, todos los máximos representantes del gobierno americano han afirmado repetidamente que una guerra nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no podría tener vencedores sino sólo vencidos, a causa de las terribles destrucciones que ocasionaría, no sólo a las dos potencias en conflicto y a sus aliados, sino a toda la humanidad. Esta guerra, por consiguiente, no debe librarse nunca. Todas esas manifestaciones resultan muy alentadoras, tanto más que la orientación de la Unión Soviética, desde el comienzo de la era nuclear, ha sido siempre la de proscribir todas las armas nucleares, del tipo que sean. Y esta orientación ha sido ratificada con fuerza y con propuestas concretas, hasta hace bien poco, por los máximos dirigentes del Kremlin.

Pero las palabras de Reagan ¿responden de verdad a sus auténticas intenciones o son simplemente mentiras propagandísticas que tienen como finalidad "adormecer" a la opinión pública, que se ha vuelto demasiado activa a favor del desarme nuclear, y permitir así al gobierno americano preparar aquella guerra nuclear "ilimitada y prolongada" que constituye aún hoy la doctrina oficial de los Estados Unidos y que destruiría "solamente", según los planes estadounidenses, a la Unión Soviética y a Europa, dejando prácticamente indemnes a los Estados Unidos? La respuesta a esta pregunta tiene una importancia vital para la supervivencia de la humanidad.

Trataré de examinar, en los apuntes que siguen, la evolución de la estrategia nuclear americana desde 1945 hasta la época de Reagan, apoyándome exclusivamente en documentos oficiales ameri-

canos que no pueden, por tanto, considerarse propaganda soviética.

De la estrategia nuclear americana de la época de Truman he hablado ya en los apuntes precedentes. Quisiera añadir tan sólo que, a pesar de que la Unión Soviética, con la construcción de sus propias armas atómicas, había roto el monopolio americano, se encontraba en situación de relativa inferioridad al no poseer una cadena de bases aéreas en torno a los Estados Unidos simétrica a la de los americanos en Europa. Así, pues, mientras la Unión Soviética se hallaba en posición de relativa inferioridad respecto a los Estados Unidos, se encontraba, en cambio, en posición de ventaja nuclear respecto a los países europeos de la OTAN por la proximidad de sus bases aéreas a dichos países. Fue precisamente sobre esa diferente vulnerabilidad sobre la que los Estados Unidos edificaron inicialmente su estrategia nuclear. El 15 de enero de 1953 John Foster Dulles, al asumir las funciones de secretario de estado, definió la política exterior americana de la manera siguiente: "Una política que tuviese como única finalidad contener a Rusia donde se encuentra ahora estaría condenada al fracaso, porque una política puramente defensiva no puede salir victoriosa frente a una política agresiva. Si nuestra política consiste en quedarnos donde estamos, acabaremos retrocediendo. Sólo manteniendo viva la llama de la esperanza de libertad y aprovechando todas las oportunidades podremos acabar con el terrible peligro que amenaza al mundo y que nos impone grandes sacrificios y una gran aprensión por el futuro" (35). Esta política exterior, claramente agresiva, condujo a la elaboración de una estrategia nuclear basada en la "represalia masiva" (*massive retaliation*). Una acción cualquiera contra la Unión Soviética, convertida en algo inevitable por la política exterior agresiva de Dulles, habría comportado un ataque nuclear americano contra aquel país. El verdadero significado de la "represalia masiva" fue aclarado durante una conferencia de prensa celebrada el 4 de octubre de 1957 en Washington por el entonces secretario de defensa Brown: "Recordarán, supongo, el período de la represalia masiva, y yo creo que entonces, en aquellos días al menos, no era del todo evidente que las armas nucleares no pudieran utilizarse incluso sin ataque soviético precedente" (36). Los repetidos intentos de los Estados Unidos de utilizar las armas nucleares "aún sin mediar un ataque preventivo soviético" han en-

contrado una firme oposición por parte de los aliados europeos, y especialmente de Francia e Inglaterra, por temor, como ya había ocurrido durante la guerra de Corea, a la represalia soviética.

Esa situación de diferente vulnerabilidad nuclear entre los Estados Unidos y sus aliados europeos se acabó, en perjuicio de los Estados Unidos, con la construcción, por la Unión Soviética, de los misiles intercontinentales en 1957. Dichos misiles, ya en posesión de los Estados Unidos, habrían permitido una represalia directa soviética desde su territorio contra los Estados Unidos. La represalia masiva perdía, pues, valor desde el momento en que podía determinar el lanzamiento de un ataque soviético similar. El año 1957 fue un año de graves preocupaciones para la OTAN. Por primera vez se reunieron en París, en diciembre de ese año, los jefes de estado y de gobierno de los países miembros, incluido el presidente Eisenhower, para estudiar de qué manera podía reconquistar la Alianza aquella superioridad nuclear perdida con la aparición de los misiles intercontinentales soviéticos. Se decidió, entre otras cosas, desplegar en Europa armas nucleares americanas llamadas tácticas, es decir, de alcance más corto que el de las armas estratégicas, y misiles de alcance medio en Inglaterra, Italia y Turquía.

El período comprendido entre 1958 y 1962 se caracterizó, en lo que respecta a los armamentos de los Estados Unidos, por un impulso hacia el aumento de los presupuestos de defensa, justificados presuntamente por una inexistente reducción anterior de los gastos en comparación con los de la Unión Soviética (*dollar gap*), por una imaginaria inferioridad aérea (*bomber gap*) o coheteíl (*missile gap*). Sin embargo, no se elaboró ninguna nueva estrategia nuclear coherente hasta que John F. Kennedy ocupó la presidencia y Robert McNamara la secretaría de defensa. Kennedy había seguramente sufrido más que querido el desembarco de los contrarrevolucionarios cubanos en Bahía Cochinos el año 1961. El fracaso de la empresa, heredada de la administración anterior, de Eisenhower, convenció al presidente de que no podía fiarse de los militares y lo llevó a cambiar a sus altos mandos y buscar una estrategia militar válida bajo la dirección de McNamara. Uno de los aspectos negativos para la OTAN de esas nuevas orientaciones fue el apartamiento del general Lemnitzer de la presidencia de la junta

de jefes de estado mayor —responsable, por tanto, en gran medida del fracaso de Bahía Cochinos— y su nombramiento como comandante supremo aliado en Europa. Lemnitzer, estrechamente vinculado ya al presidente Eisenhower durante la guerra y su máximo consejero militar durante la presidencia, compartía plenamente el entusiasmo del general presidente por el empleo de las armas nucleares y fue siempre, por tanto, un firme defensor de la necesidad de tener bajo sus órdenes en Europa el mayor número posible de armas nucleares, para lo que justificaba sus insistentes demandas al respecto con una imaginaria inferioridad de fuerzas convencionales de la OTAN respecto al Pacto de Varsovia. El “replantamiento nuclear” de Kennedy-McNamara recibió un nuevo y necesario impulso con ocasión de la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962. En aquella ocasión Kennedy se dio más plenamente cuenta de que los misiles intercontinentales que ya entonces poseían las dos potencias podrían provocar destrucciones terribles en caso de guerra. Era, pues, indispensable evitarla. En consecuencia, la crisis de Cuba se resolvió mediante un honroso compromiso: los misiles soviéticos no fueron desplegados en la isla, en tanto que Kennedy se comprometió a no apoyar ninguna nueva invasión de Cuba por contrarrevolucionarios y a retirar los misiles americanos de alcance medio desplegados en Italia y Turquía. El cometido político-militar general de los Estados Unidos, ante la imposibilidad de apoyarse sobre una inútil superioridad nuclear, exigía una nueva orientación. Kennedy, en su optimismo, consideró que la superioridad del régimen y del sistema de vida americano se impondría a los países que iban alcanzando paulatinamente la independencia de las potencias coloniales, en ventajosa competencia con el régimen y el sistema de vida comunista. Lo que se requería para la afirmación de la preeminencia americana era únicamente la posibilidad de cada país de escoger libremente el propio camino. En un célebre discurso pronunciado el 10 de junio de 1963 en la Universidad Americana de Washington, que en cierto modo puede considerarse su testamento espiritual —fue asesinado el 22 de noviembre de ese mismo año—, Kennedy afirmó: “Nosotros no queremos imponer nuestro sistema a pueblos que no lo deseen, si no que queremos embarcarnos, y estamos en condiciones de hacerlo, en una competición pacífica con todos los pueblos de la tie-

rra” (37).

Dio así comienzo la distensión y la coexistencia pacífica, que, como aclararé enseguida, tan buenos frutos ha dado para todo el mundo, por más que no se haya aplicado de manera integral. Volviendo a la estrategia nuclear americana, la imposibilidad de servirse de una eventual superioridad nuclear para imponer la propia voluntad a la Unión Soviética obligó a McNamara a elaborar una estrategia que hiciera imposible la guerra. Escribe el secretario de defensa: “Tras haberme debatido con este problema durante los siete últimos años, estoy convencido de que nuestras fuerzas deben ser lo suficientemente grandes como para poseer una capacidad de “destrucción asegurada”. Ello significa la capacidad de infilir en todo momento y en cualquier condición posible un porcentaje de daños inaceptable a cualquier agresor individual o combinación de agresores, aun después de haber encajado un ataque por sorpresa. Se pueden añadir muchas florituras a este concepto básico, pero el concepto básico fundamental es simplemente este: es la clara y actual capacidad de destruir al atacante como una nación del siglo XX, y la firme voluntad de usar esas fuerzas en represalia por un ataque contra nosotros o contra nuestros aliados, lo que proporciona la disuasión, y no la capacidad de limitar parcialmente nuestros propios daños” (38). Según McNamara, 400 cabezas nucleares de un megatón cada una, capaces de sobrevivir a un ataque por sorpresa enemigo —primer golpe, en la jerga militar—, serían suficientes para destruir a la Unión Soviética “como nación del siglo XX”. Y McNamara añade: “Incrementos ulteriores (de las armas de represalia) no alterarían sustancialmente el daño (a los soviéticos), pues deberíamos atacar ciudades cada vez más pequeñas” (39). Esta estrategia recibió el nombre de *mutua destrucción asegurada* —MAD, según las siglas inglesas—, o “estrategia contra ciudades”, ya que serían las ciudades enemigas los objetivos de la represalia —segundo golpe, en la jerga militar—. Esta estrategia ha mantenido la paz y la distensión durante cerca de doce años, desde 1963 hasta 1974. Además, por primera y única vez, que yo sepa, el número de las armas nucleares estratégicas americanas disminuyó, como muestra el gráfico que figura en el anexo 3. Quisiera recordar, por último, que en 1973, el entonces secretario de defensa Richardson se enorgullecía del hecho de que

“en el año fiscal de 1974 la cuota de defensa en el total de los gastos federales, en el total neto del gasto público, en el total de la fuerza de trabajo y en el producto nacional bruto, será la más baja en casi un cuarto de siglo” (40). Schlessinger, nombrado secretario de defensa después de Richardson, define, en cambio, como harían después recientemente Reagan y Weinberger, la disuasión como “una peligrosa ilusión” (41) y afirma que “más recientemente han aparecido respecto a la distensión ilusiones similares a las que aparecieron en los años cincuenta respecto a la disuasión” (42). En realidad no son la disuasión ni la distensión ilusiones peligrosas que hayan dado ventaja a la Unión Soviética, como afirman Reagan y Weinberger; es la filosofía básica de la política de Kennedy, antes mencionada, la que se ha demostrado errada. Kennedy consideraba que, si se les dejaba libertad para elegir su organización socio-económica, las naciones que poco a poco accedían a la independencia del régimen colonial preferirían el sistema socio-económico americano al soviético, convirtiéndose así automáticamente en sostenedoras de la política americana en las Naciones Unidas y en los demás contextos internacionales. En cambio, ha ocurrido todo lo contrario, de forma que los Estados Unidos se han encontrado cada vez más aislados. Pero eso habría ocurrido de todos los modos, independientemente de la correlación de fuerzas militares, a menos que la Unión Soviética hubiera sido aplastada por la potencia americana y, en consecuencia, todas las demás naciones hubieran sido objeto de amenazas o invasión por la potencia económico-militar estadounidense, como ha ocurrido recientemente en El Salvador, Nicaragua, Granada, Libia, El Líbano, por citar sólo los ejemplos más actuales.

La desastrosa guerra de Vietnam y las dificultades internas del gobierno de Nixon provocaron o, en cualquier caso, favorecieron un replanteamiento global de la política exterior y militar americana. Para que los Estados Unidos volvieran a ser los amos del mundo, como después de la guerra, era necesario derrotar definitivamente a la Unión Soviética, que con su sola presencia constituía un modelo y un polo de atracción para un número cada vez mayor de naciones. Pero para ello había que arrumar por completo la doctrina McNamara: no hacer la guerra nuclear imposible debido a la estrategia de represalia, sino hacerla posible y vencible toman-

do como objetivos nucleares las fuerzas armadas, la estructura de mando y las industrias soviéticas necesarias para la guerra. Si con un primer golpe americano podía destruirse ese conjunto de objetivos soviéticos, podía ganarse la guerra nuclear sin graves daños para los Estados Unidos, ya que la destrucción preventiva de las fuerzas nucleares estratégicas soviéticas habría eliminado o reducido notablemente la capacidad de represalia de la URSS. Este es el significado de la nueva estrategia en relación con los objetivos nucleares, iniciada por Schlessinger y continuada por sus sucesores. Para poner en práctica esta nueva estrategia faltan dos cosas: aumentar considerablemente el número de las armas nucleares estratégicas americanas, puesto que los objetivos militares e industriales soviéticos que destruir eran mucho más numerosos que las ciudades cuya destrucción garantizaba la disuasión según la estrategia de McNamara. Había también que aumentar considerablemente la precisión de las armas estratégicas, destinadas, no ya a destruir objetivos de grandes dimensiones como las ciudades, sino objetivos “puntiformes”, como los misiles soviéticos y las estructuras de mando y de control. Eso es lo que los científicos y los fabricantes americanos de armas han hecho y continúan haciendo hoy mismo.

Naturalmente, Schlessinger, al no poder admitir explícitamente que pretendiera preparar un primer golpe contra la Unión Soviética, tuvo que “inventar” un pretexto, de racionalidad sumamente discutible, sobre el volveré luego. La vía abierta por Schlessinger ha sido seguida a marchas forzadas por sus seguidores. El secretario de defensa Rumsfeld escribía en 1977: “Un importante objetivo de la misión de represalia asegurada es el de retrasar de manera apreciable la capacidad de la URSS de recuperarse después de un intercambio nuclear y volver a adquirir el rango de potencia industrial del siglo XX más rápidamente que los Estados Unidos” (43). A pesar de la ambigüedad de las palabras que intentan presentar la nueva estrategia como una continuación de la de McNamara, el verdadero significado del “objetivo” de Rumsfeld es el de vencer en un intercambio nuclear con la Unión Soviética. No menos explícito fue el secretario de defensa Brown, que escribía en 1977: “En otras palabras, nuestras necesidades totales de cabezas nucleares estratégicas ... están también en función del impera-

tivo de mantener una capacidad que sobreviva a la guerra" (44). Los Estados Unidos no sólo producen armas nucleares estratégicas para hacer y ganar la guerra contra la Unión Soviética, sino que quieren también seguir siendo después de la guerra una poderosa nación nuclear para poder dominar el mundo, incluida China (y, ¿por qué no?, Francia e Inglaterra). El 25 de julio de 1980 el presidente Carter emitió la directiva presidencial 59 —PD 59—, conocida como "doctrina de la guerra nuclear limitada y prolongada", guerra que se libraría únicamente en Europa y en la Unión Soviética, evitando destrucciones en los Estados Unidos. Con ocasión de un debate en el senado, celebrado el 16 de diciembre de 1980, el secretario de defensa Brown no logró convencer al senado de que "La PD 59 no da por supuesto que nosotros podamos ganar una guerra nuclear limitada ni busca o pretende darnos la capacidad de hacerlo" (45). La justificación dada por Brown repite en cierto modo la de Schlessinger citada más arriba y es, como aquella, de una racionalidad extremadamente discutible. Comoquiera que también Weinberger sigue la misma línea de justificación, volveré sobre ella a continuación.

Mientras que antes de Reagan ningún representante oficial del gobierno americano había admitido nunca que pudieran existir razones válidas para librarse una guerra nuclear si no era como represalia a un ataque soviético, el general Haig, en el debate habido en el senado en enero de 1981 sobre su nombramiento como secretario de estado, afirmó por primera vez que "hay cosas por las que los americanos debemos estar dispuestos a combatir" (46). Y también que "nuestro compromiso con la paz no puede mantenerse a costa de abdicar del derecho de emplear el poder militar contra el más despiadado miembro de la comunidad internacional" (47). Naturalmente, el general Haig ha apoyado firmemente la voluntad del presidente de los EE.UU. de dar, en unión con los aliados, todos los pasos que sean necesarios, comprendido el uso de las armas nucleares, para preservar los intereses vitales americanos. Como el nombramiento del general Haig al cargo de secretario de estado fue aprobado por el senado, la orientación del general de emplear las armas nucleares contra "el más despiadado miembro de la comunidad internacional" para preservar los "derechos" americanos de dominio mundial, aun sin mediar un ataque soviético

real, se convirtió automáticamente en doctrina oficial americana. Por otra parte, el secretario de defensa Weinberger ha sido aún más explícito que Haig. En su informe al congreso para el año fiscal 1986 escribe: "Si la disuasión falla, la estrategia de los EE.UU. persigue un rápido final del conflicto en términos favorables a los EE.UU., a sus aliados y a sus objetivos de seguridad nacional. 'Favorables' significa que, si nos vemos forzados a la guerra, debemos ganarla: no podemos permitir que la agresión beneficie al agresor" (48). Esta declaración del máximo responsable político-militar de la administración de Reagan no deja la menor duda sobre el hecho de que los Estados Unidos se están preparando activamente para hacer y ganar una guerra nuclear contra la Unión Soviética. Naturalmente, junto con la preparación de los medios militares, Reagan ha llevado a cabo también la imprescindible campaña psicológica simultánea de demonización de la Unión Soviética para convencer a los americanos y sus aliados de la legitimidad de destruir "el imperio del mal" y de la "moralidad" de volver a implantar la religión en la tierra, aun al precio de centenares de millones de muertos. Ahora bien, ni siquiera en los tiempos más oscuros de la inquisición se ha llegado nunca a promover una campaña de este género...

Espero, con esta documentación oficial, aunque breve, haber dado al lector material suficiente para responder a la pregunta que yo mismo planteaba al comienzo de este capítulo, a saber, si las repetidas afirmaciones del presidente Reagan en el sentido de no querer una guerra nuclear porque causaría destrucciones enormes en todo el mundo, son sinceras o constituyen tan sólo mentiras propagandísticas para adormecer una opinión pública que, por suerte, está cada vez mejor informada y preocupada por el peligro mundial representado por las intenciones y preparativos estadounidenses.

Justificaciones que no justifican

La guerra de las galaxias

A pesar de la declaración explícita del secretario de defensa Weinberger de estar preparando las fuerzas armadas necesarias para *ganar* una guerra nuclear contra la Unión Soviética (declaración que, no obstante su evidente importancia, ha sido silenciada en todos los países europeos), el gobierno de Reagan no quiere admitir abiertamente que está preparando la guerra nuclear y se esconde tras hipocresías y falsedades. Para tratar de justificar la “guerra nuclear limitada y prolongada”, ya codificada por el presidente Carter con la PD 59, antes mencionada, Weinberger afirmó en su intervención ante el senado de 31 de octubre de 1985: “Es claro que nuestras fuerzas deben sobrevivir a un ataque soviético durante un período de tiempo suficiente para permitir al presidente obligar a los soviéticos a detener la guerra *sin emplear* (pero amenazando con emplearla si los términos impuestos por el presidente no fueran aceptados) una porción de la capacidad de respuesta americana” (49). Esta justificación se corresponde casi punto por punto con la dada por Schlessinger para el cambio de estrategia anteriormente mencionado y por el secretario de defensa Brown para justificar la PD 59 del presidente Carter. En ella se prevé el siguiente desarrollo de los acontecimientos bélicos: la Unión Soviética lanza

un ataque nuclear por sorpresa —primer golpe— contra las fuerzas nucleares americanas (es obligado para los americanos partir siempre de la hipótesis de un primer golpe soviético). Sin embargo, en ese primer golpe la URSS emplea solamente una parte de sus fuerzas estratégicas. Con él destruye también sólo una parte de las fuerzas nucleares estratégicas americanas. Los Estados Unidos efectúan una represalia —segundo golpe— con sólo una parte de las fuerzas nucleares estratégicas que no han resultado destruidas por el primer golpe soviético. Este segundo golpe americano destruye solamente una parte de las fuerzas soviéticas que no han sido empleadas en el primer golpe. Tras este primer intercambio de golpes nucleares, las dos potencias se encontrarían todavía con armas estratégicas a su disposición, pero en medida mucho mayor los Estados Unidos. Llegada a este punto, la Unión Soviética se vería forzada a la rendición en los términos impuestos por los Estados Unidos. Para evitar que las últimas armas nucleares soviéticas puedan ser empleadas contra las ciudades americanas, los Estados Unidos amenazarían, teniendo capacidad para ello, con destruir por completo la URSS. Aparte de la racionalidad de esta estrategia, que dejo a juicio del lector, ella se basa en una hipótesis sobre el comportamiento de la Unión Soviética que no es ciertamente la única ni quizá la más probable. Se me hace cuesta arriba creer que en un primer golpe soviético puedan emplearse tan sólo parte de sus armas nucleares estratégicas para ver después destruido el resto en tierra por la reacción americana; me parece mucho más probable que, si la Unión Soviética decidiese realizar un primer golpe nuclear contra los Estados Unidos, emplee todas sus armas nucleares estratégicas contra las fuerzas nucleares americanas *y contra las ciudades* de aquel país, a fin de destruir la voluntad y la posibilidad de una represalia americana. En cualquier caso, la “defensa” de las ciudades americanas, incluso en la hipótesis del gobierno estadounidense arriba expuesta, queda siempre confiada a la amenaza de represalia propia del esquema MAD de McNamara; pero entonces carece de justificación todo el discurso precedente, y por ende, todos los preparativos acelerados de nuevos armamentos nucleares estratégicos.

Todas las anteriores incongruencias e irracionales desaparecen si se establece correctamente cuáles son las bases reales de

los preparativos americanos, que prevén construir fuerzas nucleares capaces de desarmar por completo, en un primer golpe, a la Unión Soviética, y esa es la línea sobre la que los Estados Unidos vienen trabajando desde siempre, como ha quedado documentado anteriormente. El presidente Carter escribe en sus memorias: “Los Estados Unidos han estado con frecuencia en primera línea del desarrollo tecnológico (de las armas nucleares). Hemos sido los primeros en poseer explosivos atómicos, misiles de largo alcance, misiles lanzados desde submarinos, cabezas múltiples en el mismo vehículo, circuitos miniaturizados que permiten lograr una mayor destrucción con armas más pequeñas” (50). Estas autorizadas afirmaciones demuestran que han sido siempre los Estados Unidos los que han promovido la carrera de armamentos, confiando en una presunta superioridad tecnológica que les debería permitir alcanzar una superioridad decisiva sobre la Unión Soviética. Afortunadamente, la tecnología soviética no es sustancialmente inferior a la americana, lo que ha permitido, en un tiempo razonablemente breve, recuperar el equilibrio cualitativo y cuantitativo, por más que a un nivel inferior, en la balanza de armas nucleares e impedir así una peligrosa superioridad americana. Como he tenido ya ocasión de recordar al comienzo de estos apuntes, han sido las armas soviéticas, desde el principio de la posguerra en adelante, las que han impedido la guerra nuclear.

Tras su acceso a la presidencia, Reagan ha acelerado notablemente la construcción de armas nucleares estratégicas, ya sea reanudando programas abandonados por Carter, como la construcción del bombardero B-1, ya sea iniciando nuevos programas, como la construcción de un nuevo tipo de bombardero invisible al radar —*Stealth* en inglés— que pudiera eludir así la defensa aérea soviética; la aplicación de la misma tecnología a los misiles de crucero; el despliegue de esas armas en naves, sumergibles, aviones y vehículos terrestres, lo que haría, entre otras cosas, extremadamente difícil, si no imposible, un futuro control de dichas armas; el estudio de un nuevo tipo de misil terrestre. No obstante, pese a las sumas astronómicas invertidas y programadas en los presupuestos militares, Reagan se ha dado pronto cuenta de que ninguna superioridad numérica o tecnológica podría librar a los Estados Unidos de una represalia catastrófica por parte de la Unión Soviética en

caso de lanzar contra ella un primer golpe nuclear. Convencido de esa imposibilidad, Reagan no ha renunciado a su sueño de destruir el “imperio del mal” y de “liberar a la humanidad del yugo comunista” imponiendo a todo el mundo su “democracia”. Por ello ha decidido que la tecnología bélica dé un salto cualitativo con la “guerra de las galaxias”. Según las directrices iniciales, la iniciativa de defensa estratégica —IDE, o SDI en siglas inglesas— debería constituir un escudo impenetrable capaz de destruir *todas* las armas nucleares consistentes en misiles estratégicos que la Unión Soviética pudiese lanzar en un primer golpe, antes de que alcanzaran los Estados Unidos. De este modo, protegido por un escudo insuperable, Reagan podría finalmente dictar sus condiciones a la Unión Soviética o, probablemente, destruirla físicamente.

Naturalmente, Reagan no puede confesar abiertamente estas intenciones, que sin embargo son perfectamente coherentes con la estrategia oficial de Weinberger, ya aludida, de *ganar* la guerra nuclear. Reagan, en cambio, con la habitual hipocresía americana, trata de convencer a la opinión pública de que la guerra de las galaxias es moral porque destruye las armas nucleares y no mata a las personas, frente a la inmoralidad de las armas nucleares mismas. Basta la más simple de las consideraciones que antes he expuesto para convencerte de la inconsistencia de esta tesis, que posee, sin embargo, un valor propagandístico nada desdeñable por cuanto puede cautivar la imaginación de un público que no siempre es capaz de profundizar en los argumentos. Un examen más a fondo de la IDE ayuda a descubrir las verdaderas intenciones de Reagan. En realidad la IDE estaría destinada a destruir tan sólo los misiles balísticos después de su lanzamiento, y más concretamente aquellos que tienen un tiempo de vuelo lo bastante largo como para dar margen suficiente a la interceptación. En otras palabras, el escudo espacial serviría, suponiendo que llegara a funcionar, principal, si no exclusivamente, para interceptar a los misiles intercontinentales, que son en realidad los que interesan a los Estados Unidos, como únicas armas capaces de alcanzar su territorio. Pero aun suponiendo que el escudo espacial llegue a funcionar, no sirve de nada contra las armas transportadas por los aviones de bombardeo, que con las nuevas técnicas anti-radar resultan cada vez más peligrosos. Y tampoco sirve de nada contra los misi-

les de crucero, que se están convirtiendo en las armas más terribles del futuro. Son estos, como es sabido, pequeños aviones sin piloto. Vuelan a baja cota para eludir el radar enemigo. Con la aplicación, ya en curso, de la nueva tecnología *stealth* a esas armas, podrá evadir su observación e interceptación por el enemigo. Su lanzamiento no requiere ninguna emisión especial de calor, como ocurre, en cambio, con los misiles balísticos, que al elevarse del suelo son “vistos” por los satélites de reconocimiento gracias precisamente a esa emisión de calor. Aparte de que su lanzamiento no es detectable por ese medio, los cohetes de crucero son extremadamente precisos, hasta el punto de poder estrellar su carga explosiva exactamente contra el blanco elegido y poder, por tanto, utilizar también explosivo convencional cuando se quieran evitar las desastrosas consecuencias generalizadas de la explosión nuclear. Por último, las reducidas dimensiones de esta arma permiten su lanzamiento por una variada gama de medios portadores, hasta el punto de que está ya instalada en aviones, naves de superficie, sumergibles y vehículos terrestres. Los misiles de crucero constituirán muy probablemente el armamento fundamental del futuro y ocasionarán a la humanidad peligros mayores que los derivados de los misiles balísticos debido a que, entre otras cosas, por su reducido tamaño y por la variedad de sus medios vectores su control será extremadamente difícil, si no imposible. Creo que han sido todas esas razones las que han empujado a Reagan a ordenar la construcción de varios millares de ejemplares. Por consiguiente, aun cuando la IDE esté en condiciones de funcionar perfectamente, aun cuando la Unión Soviética adopte una IDE propia perfecta, no por ello la humanidad dejará de estar sometida a la amenaza nuclear, sino que esa amenaza será más grave, sutil e incontrastable.

Pero, dejando aparte las consideraciones precedentes, un mero examen superficial de la IDE pone en evidencia enseguida sus flancos débiles. No es necesario, desde luego, ser expertos militares o nucleares para comprender que un aumento de las cabezas nucleares lanzadas a la vez por la Unión Soviética complica enormemente el problema de una interceptación al cien por cien. Dicho más llanamente, la capacidad de interceptación es *inversamente proporcional* al número de cabezas nucleares lanzadas en un primer golpe soviético. Esa es la razón por la que Reagan insiste en una drás-

tica reducción de las cabezas nucleares en los misiles de ambas partes. Esta exigencia no tiene nada que ver con el deseo real de disminuir el peligro nuclear, sino que apunta sólo a hacer menos difícil el funcionamiento de la IDE. Sin embargo, aun cuando las cabezas nucleares estratégicas se redujeran a 5.000 por bando, como parece que quiere proponer Reagan, siguen siendo demasiadas para la previsible capacidad de interceptación del escudo estelar. El propio presidente Reagan ha debido admitir que la IDE difícilmente podría garantizar una impermeabilidad total. No obstante eso, para justificar la prosecución del proyecto, ha afirmado que, con sólo una interceptación del 90 o del 80%, la IDE complicaría la planificación de un primer golpe soviético, ya que el mando soviético no podría nunca saber cuántas y cuáles armas estratégicas americanas serían destruidas por el primer golpe soviético, y cuál sería, por consiguiente, la eficacia del segundo golpe de represalia americano. También esta justificación es de una racionalidad muy discutible, por cuanto el enorme costo del escudo espacial serviría tan sólo para complicar la planificación soviética de un primer golpe, el cual, pese a todo, produciría siempre gravísimas destrucciones en los Estados Unidos, o bien serviría, probablemente, para disuadir a los soviéticos de descargar el golpe. Pero el mismo resultado se puede obtener, a un costo muy inferior, con la estrategia MAD de McNamara.

Es obvio que las razones por las que Reagan quiere proseguir con el escudo espacial son otras, fácilmente imaginables. Con la reducción de las cabezas nucleares estratégicas soviéticas a 5.000, como ha propuesto Reagan, y con el aumento en precisión de las armas estratégicas americanas, un primer golpe americano podría reducir de manera drástica las armas estratégicas de segundo golpe de la URSS a un número realmente compatible con la capacidad de interceptación del escudo espacial. Un interesante estudio publicado por la revista *Scientific American* de octubre de 1984, tras haber ilustrado las razones por las cuales un escudo espacial no estaría en condiciones de destruir todas las cabezas nucleares que la Unión Soviética podría lanzar en un primer golpe, afirma: "Una defensa que no puede detener un ataque estratégico pleno, pero que podría resultar muy eficaz contra un débil golpe de represalia subsiguiente a un primer golpe en toda regla, sería espe-

cialmente provocadora" (51).]

Pero incluso la hipótesis recién expuesta, que parece muy probablemente ser la que está en la base de la estrategia de Reagan respecto a la IDE, topa con grandes dificultades de realización práctica. En primer lugar, la IDE exige que se instalen en el espacio muchos instrumentos, bien como fuentes de energía que habrá de dirigirse contra las armas nucleares soviéticas que se aproximen, a fin de destruirlas a lo largo de su trayectoria, bien como reflectores de la energía producida en instalaciones terrestres y dirigida igualmente contra las armas nucleares soviéticas. Tanto en un caso como en el otro, esas instalaciones espaciales, bien localizables por parte del enemigo, podrían fácilmente ser puestas fuera de combate. Además de todo ello, la compleja y complicada organización de la IDE estaría llamada a funcionar en una situación de combate real sin haber pasado ninguna prueba completa en condiciones semejantes a las reales. No me detendré en exponer todas las otras posibilidades que tendría la Unión Soviética de neutralizar el escudo espacial americano: diré solamente que los científicos soviéticos han declarado ya que no seguirán el ejemplo americano, sino que se concentrarán en sistemas que impidan el funcionamiento de la IDE, sistemas, por otra parte, muchísimo menos costosos que la propia IDE. Por cierto que el costo es un factor que milita contra la IDE. Aun cuando las estimaciones son poco seguras al no haberse definido todavía la estructura final que podría adoptar la IDE, no hay duda de que exigirá un enorme dispendio de energías y de dólares, hasta el punto de que el congreso americano, afortunadamente, se muestra cada vez más reacio a aprobarlo, incluso en la fase inicial, relativamente modesta. Finalmente, cuando la IDE sea capaz de destruir los misiles soviéticos en el espacio, estará en condiciones de utilizar una potente fuente de energía que no sólo podrá dirigirse contra los misiles que se aproximen, sino también contra objetivos de la superficie. En otras palabras, la tecnología de la IDE podrá utilizarse como arma de ataque.

La IDE plantea también otra serie de problemas de índole político-jurídica. En caso de instalarse o simplemente experimentarse, violaría el tratado SALT I de 1972, que es el único tratado ratificado por ambas potencias que aún sigue en vigor. Este tratado se inspira en la filosofía de la disuasión, es decir, persigue ha-

cer posible una respuesta catastrófica contra la potencia que iniciase un ataque nuclear contra la otra. Con ese fin se prohíben las instalaciones móviles de defensa antimisiles, en tierra, en el mar o en el espacio, precisamente para evitar que dichas defensas puedan eliminar la capacidad de represalia y hacer así posible un primer golpe. En el artículo V del tratado se especifica: "Cada una de las Partes se compromete a no desarrollar, experimentar o desplegar sistemas de misiles antibalísticos o componentes basados en el mar, el aire, el espacio o en bases terrestres móviles". Por otra parte, en el artículo VI se prohíbe la experimentación de elementos no autorizados por el tratado y "capaces de oponerse a los misiles balísticos o a sus elementos durante la trayectoria de vuelo, y no (se autoriza a) experimentarlos en modalidades de misiles antibalísticos".

Siempre dentro del espíritu de la disuasión, el tratado concede, en cambio, a cada una de las dos naciones la posibilidad de construir defensas antibalísticas —ABM, según las siglas inglesas, de ahí que se le conozca como tratado ABM— en dos instalaciones fijas, una para proteger los centros de mando —es decir, las capitales de las dos potencias— y permitir así a las autoridades responsables ordenar la represalia, y otra para proteger un número limitado de misiles intercontinentales, con el fin de garantizar la supervivencia de misiles suficientes para lanzar una represalia catastrófica. Esas dos instalaciones se redujeron después a una sola. La modernización de las instalaciones de la defensa ABM queda autorizada exclusivamente en los estrechos límites del tratado. Así, pues, mientras no se prohíbe la investigación y experimentación destinadas a mejorar la eficacia de la defensa fija permitida por el SALT I, se prohíbe, en cambio, todo tipo de experimentación que pueda orientarse a defensas móviles y, más aún, espaciales, de conformidad con los artículos citados.

La continuación de los trabajos estadounidenses sobre la IDE está ya rebasando, con la experimentación de componentes del escudo espacial, los límites del SALT I y reduciendo este tratado a la inoperancia. Hay que tener presente que, además del tratado ABM, el SALT I contempla también limitaciones en lo referente a la entidad cualitativa y cuantitativa de las armas nucleares estratégicas concedidas a las dos potencias. Con el quebrantamiento del

SALT I caen todas las barreras que las dos potencias habían acordado imponer a la construcción de armas nucleares estratégicas.

Me parece oportuno hacer extensiva esta reflexión al SALT II, un tratado firmado en Viena, el 18 de junio de 1979 por Brezhnev y Carter, pero que el senado americano se ha negado hasta la fecha a ratificar. El SALT II introduce ulteriores limitaciones a las armas nucleares estratégicas, más allá del SALT I, y, lo que es más importante, establece las mismas limitaciones para ambas potencias. Esa es la verdadera razón por la que el senado americano no ha querido ratificar el SALT II, por más que el pretexto oficial haya sido el envío de soldados soviéticos al Afganistán (excusa obviamente falsa, porque entre la firma del SALT II y el envío de los soldados soviéticos pasaron seis meses, durante los cuales, bajo la influencia de la campaña belicista del candidato a la presidencia Reagan, el senado se había declarado ya contrario a la ratificación). Sin embargo, este rechazo por parte del senado no fue aceptado de buena gana por los círculos dirigentes de los EE.UU., de manera que el SALT II ha tenido una extraña trayectoria. Pese a carecer de valor jurídico alguno, ambas potencias se han comprometido a respetar sus límites. Sólo muy recientemente lo ha vulnerado Reagan, en su carrera hacia la superioridad nuclear, con la construcción de nuevos bombarderos B-52 armados con los peligrosos misiles de crucero de que anteriormente he hecho mención.

Las discusiones del año 1985 entre Reagan y Gorbachov en Ginebra, y todos los encuentros sucesivos entre representantes americanos y soviéticos, han tenido y va a tener como elemento central el escudo espacial, que Reagan parece decidido a conseguir para no renunciar a la esperanza de una superioridad tecnológica decisiva respecto de la Unión Soviética, mientras Gorbachov se muestra decididamente contrario, ya que generaría inestabilidad y mayor riesgo, al incentivar la carrera armamentista en el espacio, además de en la tierra. En lugar del rearme de superficie y espacial, propuesto por Reagan, Gorbachov ha hecho una audaz propuesta para la eliminación completa de todas las armas químicas y para la reducción de las fuerzas convencionales. Para el cumplimiento de todas estas propuestas, Gorbachov acepta controles en la URSS, tratando así de obviar los pretextos habitualmente presentados por los Estados Unidos para rechazar las propuestas soviéticas. Para

demostrar la seriedad y honestidad de sus propuestas, la Unión Soviética ha aplicado una moratoria unilateral de un año y medio en todo tipo de pruebas nucleares, invitando —inútilmente— a los Estados Unidos a sumarse a una moratoria análoga. Gorbachov, además, se declaró dispuesto a prolongar indefinidamente dicha moratoria pasado el 31 de diciembre de 1986 si los Estados Unidos hacen otro tanto. La moratoria de pruebas nucleares tendría una gran importancia, puesto que, no sólo impediría construir nuevas armas nucleares, sino que determinaría también la retirada gradual de las armas existentes, que requieren un control experimental periódico para garantizar el mantenimiento de su eficacia. Esa es la razón por la que se ha acogido con tanto interés la moratoria unilateral soviética en todo el mundo y por parte de los científicos, incluso americanos, que presionan al gobierno de Reagan para que se una a la iniciativa de la Unión Soviética. En realidad, la moratoria nuclear constituye la piedra de toque para demostrar quién desea verdaderamente el desarme nuclear y quién trata, por el contrario, de lograr la superioridad nuclear.

Las armas antisatélite (ASAT)

Un problema en cierto modo similar al de la IDE es el relativo a las armas destinadas a la destrucción de los satélites de reconocimiento. Dichos satélites son de importancia vital para la defensa, pues detectan el lanzamiento de los misiles balísticos por el calor desprendido en el lanzamiento mismo, e informan de inmediato al mando de la otra potencia. Esta información es vital para preparar el segundo golpe de represalia, ya que permite a la organización de mando (*command* en inglés. N. del T.), control, comunicaciones e información —llamado todo ello 3C-I en la jerga militar— elaborar y emitir las instrucciones al respecto. Sin las informaciones suministradas por los satélites de reconocimiento, el primer golpe podría destruir la organización 3C-I de la otra potencia, imposibilitando así la represalia.

Mientras los acuerdos SALT I se elaboraron especialmente para prohibir la defensa ABM, no existen ningún tratado ni acuerdo que prohíba la investigación, experimentación y despliegue de las ar-

mas ASAT, por más que algunas técnicas sean comunes. En realidad, las armas ASAT requieren una tecnología mucho menos avanzada que las ABM, ya que los satélites en funcionamiento suman muchos menos que las cabezas nucleares que podrían lanzarse simultáneamente, aparte de que la órbita de los satélites y su posición en el espacio son conocidas con exactitud en todo momento. La Unión Soviética tiene un sistema de armas ASAT que podría llamarse “sistema de minas de persecución”. Consiste en un cuerpo que contiene explosivos y que se lanza al espacio en la misma órbita del satélite que hay que destruir y en sus inmediaciones. A una orden dada desde tierra, el explosivo estalla y destruye el satélite. Se trata de un sistema complejo de escasa fiabilidad, fácilmente neutralizable, puesto que la “mina” puede ser desviada de la órbita que se le ha asignado con bastante facilidad, aparte de que exige una preparación larga que permite a la otra potencia conocer a tiempo su lanzamiento y neutralizarla. Los Estados Unidos, en cambio, han elaborado un sistema ASAT que se podría denominar de “tiro directo”. Consiste en un misil SRAM/ALTAIR de pequeñas dimensiones transportado por un avión F-15 y lanzado desde éste. El misil porta una cabeza con sistemas de busca autónoma del satélite enemigo, al que destruye mediante una carga explosiva no nuclear. Se trata de un sistema mucho más moderno y efectivo que el soviético. En agosto de 1981, antes de que los Estados Unidos iniciaran la construcción de su ASAT, la Unión Soviética propuso un tratado para la prohibición de todas las armas, del tipo que fueran, en el espacio exterior. Esta prohibición alcanzaba también, como es natural, a los sistemas ASAT. La propuesta soviética fue probablemente estimulada por una resolución propuesta al senado americano por el senador Pressler el 6 de mayo de 1981, en la que se pedía al presidente reanudar cuanto antes las negociaciones con el gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: “El presidente debe preparar inmediatamente una propuesta e invitar a la Unión Soviética a negociar la prohibición verificable del desarrollo, experimentación, producción y despliegue de armas antisatélite, como primer paso hacia la prohibición de todas las armas basadas en el espacio o dirigidas contra el espacio” (52). Durante una audiencia en el senado celebrada el 20 de septiembre de 1982, a una pregunta del senador Pressler sobre la propuesta soviética

de tratado a la que he aludido antes, Eugene Rostow, director del organismo para el control de los armamentos y el desarme precisó que: "Fue propuesto en agosto de 1981; la propuesta era de proscribir el despliegue en el espacio exterior de armas de cualquier tipo; pero existía la dificultad de que no había ninguna definición de las armas por proscribir y las previsiones sobre verificación eran muy débiles". El senador Pressler preguntó: "¿Estamos preparados para responder con una contrapropuesta? Los soviéticos han ofrecido un esbozo de tratado. Si no nos satisface, ¿tenemos un esbozo de tratado sobre armas espaciales que vayamos a ofrecer o hayamos ya ofrecido?" "No, no hemos ofrecido ningún tratado" (53), fue la respuesta de Rostow.

Así es como el gobierno de Reagan dejó pasar también esa oferta de la Unión Soviética, sin discutirla, como todas las demás. En realidad la respuesta consistió en construir el sistema SRAM/ALTAIR asociado al avión F-15, sobre el que los Estados Unidos venían trabajando desde 1960. Como se ve, no es en modo alguno verdad que la Unión Soviética, que según las acusaciones de Weinberger trabajó durante diez años en la construcción de su ASAT, comenzara esos trabajos antes que los Estados Unidos. Fueron, entre otras cosas, los estudios precedentes los que permitieron a los Estados Unidos construir en un tiempo relativamente breve un sistema ASAT muy perfeccionado y eficaz. La audiencia arriba reseñada es también interesante por una declaración de Robert W. Buchheim, entonces jefe de la delegación americana en las conversaciones EE.UU.-URSS sobre armas anti-satélite. Buchheim precisó: "Con frecuencia se oye decir que no podemos negociar con los soviéticos si ellos tienen algo en su haber y nosotros no tenemos nada semejante ... Exactamente al revés de ese argumento genérico, la verdad es que cuando nosotros comenzamos las negociaciones con ellos sobre armas anti-satélite, en 1978, ellos tenían un sistema que había sido probado muchas veces a lo largo de muchos años y nosotros ni siquiera teníamos un programa bien establecido. Eso no parece haberles preocupado lo más mínimo; estaban interesados de todos modos en entablar conversaciones sobre lo que se podría hacer para controlar ese tipo de recursos. Creo que la razón de eso está bien clara: ellos respetan nuestra tecnología, nuestra capacidad industrial y nuestra determinación a la ho-

ra de hacer lo que nos interesa; por eso en relación con actividades espaciales en las que es preciso prever las cosas con gran antelación, el hecho de que ellos tengan algo y nosotros no tengamos todavía nada comparable no representa en realidad ningún problema" (54). Esta autorizada aclaración de quién ha dirigido negociaciones importantes desmiente clamorosamente los repetidos pretextos de Reagan y de Weinberger sobre la conveniencia de construir armas sofisticadas para obligar a la Unión Soviética a sentarse a la mesa de negociación.

Los embustes de Reagan y Weinberger

La máquina propagandística de los Estados Unidos

Para justificar el aumento astronómico del presupuesto de defensa, la construcción del escudo espacial, la negativa a discutir siquiera las numerosas propuestas soviéticas, la fabricación acelerada de armamentos nucleares y químicos, Reagan no ha vacilado en proferir los más descarados embustes. Honradamente debo aclarar que el hábito de mentir por parte de representantes oficiales del gobierno americano no ha nacido con Reagan. Escribe Arthur M. Schlessinger Jr., importante historiador americano contemporáneo, que no tiene nada que ver con el secretario de defensa Schlessinger, de quien he hablado antes: “Cuanto más ha dominado al gobierno el sistema del secretismo (el gobierno de los EE.UU.), tanto más se ha arrogado el gobierno el *derecho de mentir*. La guerra secreta librada por el gobierno de Nixon contra Camboya en 1969-1970 dio lugar a 360 ataques aéreos con B 52 durante un período de más de 14 meses. Un resultado (de esta guerra) fue el des prestigio del propio sistema de secretismo, porque un obediente departamento de defensa falsificó los informes secretos sobre los bombardeos enviados al comité del senado sobre fuerzas armadas, y un obediente secretario de estado dijo al comité de relaciones exte-

riores del senado, en sesión secreta, que "Camboya es un país del que podemos decir con total seguridad que ha dejado nuestras manos limpias y nuestros corazones puros" (55). ¡Desde luego hay que reconocer que la limpieza de las manos americanas y la pureza de sus corazones son realmente excepcionales si resisten 360 ataques aéreos sin mancharse! Por eso no es de extrañar que también Reagan proclame en voz alta la pureza de su corazón y la limpieza de sus manos.

Naturalmente, para intentar dar credibilidad a las propias mentiras, el presidente Reagan ha creado, durante su período en la Casa Blanca, una formidable máquina propagandística. Escribe un diario americano: "Durante los años pasados el presidente actor que ha conseguido construirse una fama de "gran comunicador" ha transformado la modesta y renqueante actividad informativa precedente en el más grande y sofisticado aparato del mundo". La Agencia Informativa de los Estados Unidos —USIA— ha recibido un enorme impulso, su presupuesto en 1981 era de 458 millones, en 1986 es de 837 millones, para 1987 alcanzará el billón. Las estructuras de la radio "Voz de América" han sido renovadas y modernizadas con un gasto de 1.300 millones, han sido potenciadas radio Martí que transmite 14 horas y media por día hacia Cuba, Radio Liberty orientada hacia la Unión Soviética y Radio Europa Libre orientada hacia los países del este. Pero la piedra preciosa de los USIA es el Wordnet, la red mundial que permite mediante una serie de satélites transmitir conferencias de prensa y debates directamente desde Washington con todos los países del mundo. La importancia de Wordnet fue demostrada con su primera experiencia después de la invasión de Granada en octubre de 1983. Con el más absoluto desprecio por la verdad y con la complicidad de los mass-media occidentales, el Wordnet consiguió transformar, al menos oficialmente, la indignación y la condena de la opinión pública mundial ocasionadas por este bárbaro acto de terror sumo de estado. Pienso que es superfluo precisar que la denominación "agencia de información" es un eufemismo que significa "agencia de propaganda".

La USIA emplea 7.800 personas, tiene 224 agencias en 129 países, 33 librerías, 103 centros bi-nacionales en 89 países, desarrolla programas de preparación para artistas y conferenciantes, organi-

za 18-20 exhibiciones por año, ha organizado tres centros de prensa en Washington, New York y los Angeles que prestan asistencia a millares de periodistas de todo el mundo.

Carlo Wick, director de la USIA, ha afirmado con claridad que su agencia es "el arsenal americano en la guerra de las ideas". La medida de la importancia de esta agencia viene dada por el hecho de que su director es el principal consejero del Presidente, del Secretario de Estado y del Consejo Nacional de Seguridad para todo lo que se relaciona con la actitud de los Estados Unidos deben asumir en el exterior.

Esta introducción me ha parecido necesaria para aclarar un punto fundamental: el éter está invadido y bombardeado por la propaganda americana, propaganda no contrastada porque en nuestro mundo capitalista occidental los mass-media aceptan de buena gana, acriticamente, y difunden tal propaganda. La posibilidad para la opinión pública occidental de conocer la realidad de los hechos es, por este motivo, extremadamente modesta por no decir inexistente, incluso si, institivamente los pueblos son cada vez más conscientes de que el peligro de una guerra nuclear viene de los Estados Unidos y no de la Unión Soviética. Diré además, a este propósito, que la administración Reagan, cada vez más concedora de este hecho está orientando cada vez más la transmisión de La Voz de América, destinada originariamente a los países del este y del tercer mundo, hacia la Europa occidental para intentar volver a ganar el terreno que está perdiendo.

Pero además la USIA, que por lo menos está oficialmente y declaradamente financiada por los Estados Unidos y por ello defiende las posiciones oficiales americanas incluso, y principalmente cuando se trata de mentiras groseras, además de la USIA, hay organizaciones declaradamente neutrales que sin embargo no son neutrales porque desarrollan una propaganda "pentagonista" más sutil y más eficaz. Me refiero en particular al Instituto Internacional de Estudios Estratégicos en Londres que precisamente por su presunta neutralidad ha conseguido construirse una gran fama de experto militar en el mundo de la OTAN. En el curso de estos apuntes citaré algunos ejemplos de la no credibilidad de las valoraciones de este Instituto.

En este marco, la primera etapa que debemos proponernos para

construir un movimiento mundial de la paz que tenga unas dimensiones tales que lo situen en condiciones de influir a los gobiernos de los países respectivos, es la de combatir la propaganda americana. Mi experiencia me ha enseñado que esto es posible utilizando documentos oficiales de los USIA y de la OTAN que no pueden ser acusados precisamente por ello de ser propaganda soviética. Es lo que estoy haciendo en estos apuntes.

La pretendida superioridad militar del Pacto de Varsovia y de la URSS

Volviendo a épocas más recientes, Reagan, para justificar los presupuestos de defensa astronómicos y sus intensos preparativos militares, acusa a la Unión Soviética de estar superarmada y de amenazar la seguridad de los Estados Unidos. Los dos elementos básicos que dan una indicación bastante exacta de la potencia militar de un país son sus presupuestos militares y el número de soldados que posee. La evaluación de los presupuestos militares soviéticos ha sido realizada habitualmente por la CIA y por otros organismos interesados en falsear los datos pertinentes de manera escandalosa. Una institución verdaderamente neutral, financiada por el gobierno sueco, el SIPRI, se viene dedicando desde hace tiempo a la evaluación realista de los presupuestos militares del Pacto de Varsovia y, en particular, de la Unión Soviética. El anexo 1 reproduce los datos sobre dichos presupuestos y los de los países de la OTAN. Los países de la OTAN han gastado siempre, en concepto de presupuesto militar, el doble que los países del Pacto de Varsovia, incluida la Unión Soviética. Además, como se aclara en el anexo mencionado, los Estados Unidos han tenido que corregir la evaluación del aumento del presupuesto militar soviético entre 1976 y 1983, que no ha sido del 4 ó 5% anual, como se había considerado anteriormente, sino sólo del 2%, debido a un "estancamiento" en la adquisición de armas por parte del Kremlin. Conviene señalar que es precisamente el período de 1976 a 1983 aquel en que Reagan y, sobre todo, Weinberger acusan a la Unión Soviética de haber acelerado su producción de armamentos mientras los Estados Unidos aminoraban la suya. Tal como se indica en el mismo an-

exo, el SIPRI precisa que los presupuestos de defensa americanos han aumentado un 8,5% en términos reales desde 1980.

Por lo que se refiere al número de soldados, existe un reciente documento oficial de la junta de jefes de estado mayor que demuestra (ver anexo 2) que el Pacto de Varsovia, incluida la Unión Soviética, tiene casi tres millones de soldados menos que sus enemigos, es decir un 41% menos. Entre los enemigos están incluidos, naturalmente, los soldados chinos, ya que, pese a los intentos de acercamiento de Gorbachov, en las fronteras de ambos países se dispara todavía, y las tres cuartas partes del territorio soviético están en Asia, donde China, "implacable enemiga", por usar una expresión del presidente Carter, hace sentir a la Unión Soviética el poderoso aliento de mil millones de personas.

Los datos sobre presupuestos militares y números de soldados demuestran de manera irrefutable que el Pacto de Varsovia es militarmente más débil que la OTAN y no puede constituir una amenaza. La verdad es exactamente la contraria. Retomaré este argumento al hablar de la defensa de Europa.

Las armas nucleares estratégicas

Acerca de las armas nucleares he recordado ya cómo el presidente Carter admitía explícitamente que han sido siempre los Estados Unidos los que han iniciado las sucesivas etapas de la carrera de armamentos con la introducción de nuevas tecnologías. Sin embargo, Reagan y Weinberger acusan a la Unión Soviética de haber seguido construyendo cabezas nucleares estratégicas mientras los Estados Unidos habían suspendido la construcción de las mismas, lo que ha permitido a aquella potencia alcanzar una superioridad que, en caso de no corregirse a tiempo, podría abrir para los Estados Unidos lo que Reagan ha llamado una "ventana de vulnerabilidad".

Según Reagan y Weinberger, el período al que corresponde dicha acusación iría de 1966 a 1980, aproximadamente. Sobre este punto existen importantes documentos oficiales. Al presentar su presupuesto al congreso para el año fiscal de 1982, el secretario de defensa Brown publicó el gráfico que aparece en el anexo 3. En

é'l se muestra claramente que, entre 1966 y 1980, los Estados Unidos han tenido siempre muchas más cabezas nucleares estratégicas que la Unión Soviética. Entre otras cosas, el gráfico es interesante también porque demuestra que, tal como he precisado anteriormente, durante el período de la distensión, hasta 1970 aproximadamente, tuvo lugar efectivamente una disminución de las cabezas nucleares estratégicas americanas. Otros documentos más analíticos permiten tener una visión numérica del crecimiento anual de las cabezas nucleares estratégicas de las dos potencias. Entre 1957 y 1981, algunos secretarios de defensa americanos han incluido en sus informes al congreso una evaluación numérica de las cabezas nucleares estratégicas americanas y soviéticas existentes en cada uno de los diversos años. El anexo 4 reproduce en una tabla única los datos relativos a los años que van de 1967 a 1981. La tabla indica que, según las evaluaciones oficiales americanas, las cabezas nucleares estratégicas de este país han sido siempre muy superiores a las soviéticas. Es verdad que, de 1979 a 1981, las cabezas nucleares estratégicas de los EE.UU. no aumentaron, pero, como afirman explícitamente los dos secretarios de defensa de la época, Brown y Weinberger, ello no se debió al hecho de que los Estados Unidos considerasen suficiente el número de cabezas que poseían, sino, bien al contrario, porque habían cerrado las líneas de producción de las armas antiguas para preparar las líneas de producción de los nuevos misiles MX, de los nuevos submarinos Trident equipados con los misiles C-4 —ya en vías de sustitución por los D-5—, del nuevo bombardero B-1 y del avión anti-radar, ya en fabricación, así como de un nuevo misil de crucero.

Digamos de paso que todas esas nuevas armas estaban ya en fase de estudio o de producción antes de la llegada de Reagan a la presidencia. *El peligro, denunciado por Reagan, de una "ventana de vulnerabilidad" para los Estados Unidos no ha existido nunca.*

El primer golpe soviético

Reagan y Weinberger no cesan de insistir en el peligro de un primer golpe nuclear soviético. ¿Es real ese peligro? Los Estados Unidos tienen más del 70% de sus cabezas nucleares estratégicas en

misiles transportados por sumergibles y en bombas transportadas por sus aviones, que no podrían ser destruidos por el primer golpe soviético. Aun suponiendo que éste llegara a destruir todos los misiles intercontinentales terrestres de los EE.UU., cosa prácticamente imposible, los americanos tendrían siempre disponibles para el segundo golpe de represalia entre 7.000 y 8.000 cabezas nucleares estratégicas, según las estimaciones del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, que no es ciertamente filosoviético, como aclararé enseguida. Esos miles de cabezas serían más que suficientes para arrasar toda la Unión Soviética. Dicho juicio se ve confirmado por los máximos exponentes político-militares americanos. Escribe el secretario de defensa Brown en su informe al congreso para el año fiscal de 1980: "Aun sin los *Minuteman* (los misiles terrestres americanos), nuestra capacidad de segundo golpe apta para sobrevivir sería muy grande, de varios millares de cabezas nucleares. No sólo podremos destruir un gran número de objetivos (militares), sino que podremos también inferir daños catastróficos a la base urbano-industrial de la Unión Soviética. Es difícil, en tales circunstancias, imaginar qué ventajas significativas podría esperar obtener la Unión Soviética iniciando ese intercambio mortal" (56). Pero también los representantes militares del gobierno de Reagan confirman el mismo juicio. En un documento de 1982, la organización de los jefes de estado mayor escribe: "Diversos análisis prevén que un ataque nuclear soviético contra las instalaciones de los misiles estadounidenses podría destruir la mayor parte de nuestras fuerzas de ICBM (misiles balísticos intercontinentales) si los Estados Unidos decidieran encajar todo el ataque antes de responder. Sin embargo, los soviéticos deberían véselas aún con la fuerza de SLBM (misiles balísticos lanzados desde submarinos), seguros e indestructibles por un primer golpe, gracias a hallarse en el mar, y con nuestros bombarderos, a los que se hace despegar, para garantizar su supervivencia, a la primera alarma confirmada de un ataque" (57). Así, pues, según los estudios de los máximos responsables político-militares americanos, *un primer golpe soviético sería un suicidio para la Unión Soviética*.

Pero Reagan y Weinberger no dudan en desmentir a sus expertos a fin de propagar por todo el mundo el miedo a un imposible primer golpe soviético, y tratan de ocultar con esa hipótesis absur-

da sus preparativos para un primer golpe americano. En efecto, el resultado de un primer golpe americano sería totalmente diferente del de uno soviético. El 75% de las fuerzas estratégicas soviéticas está concentrada en sus misiles terrestres, la mayor parte de los cuales sería eliminada por el primer golpe estadounidense, como afirman los jefes de estado mayor americanos en el documento antes citado. El 25% restante va en submarinos que se encuentran en océanos —Atlántico y Pacífico— sometidos al control americano o de sus aliados y que deben, para alcanzar el mar abierto, cruzar estrechos controlados por los americanos. Esos sumergibles, por tanto, son avistados y localizados continuamente por complejos sistemas electrónicos. Su destrucción es mucho menos difícil que la destrucción por los soviéticos de los sumergibles americanos que se encuentran en una situación exactamente opuesta. También los aviones soviéticos pueden ser abatidos sin demasiadas dificultades, pues antes de poder atacar sus objetivos en los Estados Unidos deben sobrevolar amplios espacios terrestres y marítimos que se hallan bajo el control de los Estados Unidos o de sus aliados. En definitiva, pues, un primer golpe americano tiene buenas probabilidades de éxito, o por lo menos tendría la posibilidad de destruir un porcentaje muy elevado de las armas estratégicas soviéticas. Como he aclarado anteriormente, el escudo estelar estaría así en condiciones de hacer frente al reducido segundo golpe soviético, siempre que, naturalmente, la Unión Soviética no ponga en marcha las contramedidas de que hablaré enseguida.

La URSS habría usado presuntamente armas químicas

Reagan y Weinberger, en su intento de demonizar a la Unión Soviética, la han acusado repetidamente de usar agentes químicos, sacando partida del instintivo sentimiento de horror y reprobación que la opinión pública experimenta ante el empleo de esas terribles armas, consideradas las peores y más inhumanas de cuantas hoy existen. La mala fe de Reagan y Weinberger y su voluntad de servirse aun de las mentiras más repugnantes para lograr con la confusión el apoyo de la opinión pública a su designio de destruir la

Unión Soviética, lo demuestra el hecho de que incluso los laboratorios químicos del ejército americano habían descartado la validez y credibilidad de las pruebas aportadas por el gobierno en apoyo de sus acusaciones. He aquí lo que suscribía al respecto el *International Herald Tribune* del 20 de junio de 1986: “¿Qué clase de lluvia amarilla? Admitir errores es duro para todo el mundo, pero resulta casi imposible para gobiernos que pierden el tino por culpa de análisis erróneos. Tal es el caso de las “lluvias amarillas”, supuesto agente de guerra biológica que el gobierno de Reagan ha acusado repetidamente a la Unión Soviética de haber proporcionado para ser empleado en el sudeste asiático. La lluvia amarilla ha resultado ser algo muy distinto del mortal veneno soviético que supuestamente contenía. Es —y el gobierno es capaz de reventar antes que admitirlo— excremento de abejas de la jungla. Las partículas viscosas, que supuestamente habría que achacar a un ataque en determinados lugares de Laos y Camboya son amarillas porque están llenas de granos de polen digerido. La lluvia desciende de una fuente invisible porque las abejas suelen volar demasiado alto para ser vistas. Algunos refugiados Hmong atribuyen algunas de sus muchas enfermedades a la lluvia amarilla, una fábula campesina que algunos crédulos expertos occidentales se han apresurado a tragarse, ansiosos de buscar pruebas de ataques químicos. El departamento de estado ha acusado a los rusos de proporcionar a los vietnamitas armas de lluvia amarilla después de que un laboratorio había encontrado pequeñas cantidades de tricotecinas —toxinas producidas por ciertos hongos— en algunas muestras de lluvia amarilla. Se incitó a los aliados a que examinaran las muestras o a que las recogieran por sí mismos y sus temidas muestras de asentimiento fueron rápidamente acogidas con entusiasmo en Washington como una confirmación, debido en parte no pequeña, que los laboratorios químicos del ejército estadounidenses no habían encontrado toxinas en 80 muestras. Dichos análisis de los aliados se efectuaron hace algunos años, pero el resultado no se ha dado a conocer hasta el mes pasado. El ministerio británico de defensa ha dicho que en sus pruebas de 1983 no han logrado encontrar tricotecina en las muestras de “supuesta guerra química” proporcionadas por las autoridades de los Estados Unidos. El ministerio dice que, por otras razones, cree que “probablemente han te-

nido lugar en el sudeste de Asia» ataques químicos, pero que sus estudios «no confirman ni contradicen» la tesis de que la lluvia amarilla son heces de abeja. Aún más claras son las palabras del departamento de relaciones exteriores del Canadá, que afirma no haber encontrado tricotecina. Se encontraron algunas trazas en la sangre de cinco de los 280 tailandeses examinados, pero esos sujetos se habían escogido de entre la población común, no entre las supuestas víctimas de los ataques. Esos cinco infectados absorbieron casi con toda seguridad la toxina al ingerir alimentos contaminados por los hongos. Y esto desacredita la afirmación del departamento de estado de que la micotoxina de sus muestras de lluvia amarilla debía ser de origen humano, porque dicha toxina no se encontraba de forma natural en el sudeste asiático. En lugar de reconocer una metedura de pata, la Casa Blanca pugna por salvar la cara. Un portavoz oficial americano afirma que “nuestra conclusión de que el uso de armas químicas haya tenido lugar en el sudeste asiático se basa en pruebas recogidas varios años antes de 1984, cuando se recogieron las muestras canadienses. Pero la naturaleza no actúa de esa manera. Si los hongos productores de tricotecina estaban presentes de manera natural en Asia en 1984, quiere decir que estaban presentes antes de que el gobierno de Reagan entrara en funciones. La administración puede admitir que la lluvia amarilla son excrementos de abeja y que ha caído en un error de los servicios de información, o bien puede seguir obstinadamente adelante, sin el apoyo de su ejército ni el de sus aliados, con la tesis de que la lluvia amarilla son agentes de guerra biológica. Hasta hoy ha considerado que la retirada era una hipótesis absurda. Pero su posición es aún más absurda”.

Este artículo es tan claro que no precisa de comentarios, por más que, debido a su patriotismo, trata de presentar la acusación contra la Unión Soviética como un “error de análisis”, mientras todo el artículo demuestra de manera fehaciente que se trata de una mentira consciente. Añadiré solamente que la acusación a los soviéticos ha sido uno de los principales pretextos dados por el gobierno de Reagan para la fabricación del nuevo agente químico binario americano.

Tansmisión en clave de las informaciones telemétricas de los misiles balísticos

Reagan ha acusado de manera repetida y pública a la Unión Soviética de transmitir las informaciones telemétricas relativas a los lanzamientos experimentales de sus misiles balísticos en clave, lo que, según él, constituiría una infracción de los acuerdos SALT II, por cuanto impediría controlar si se respetan las normas contenidas en el tratado. Esta acusación, así como la referente al radar de Krasnoyarsk, del que hablaré enseguida, tiene importancia, pues se ha utilizado como justificación para dejar de observar los límites establecidos por el SALT II en materia de armamentos.

Las normas relativas a la codificación telemétrica figuran en la interpretación común segunda del artículo XV del tratado, que dice: “Cada una de las Partes es libre de usar diversos métodos de transmisión de las informaciones telemétricas, incluida la codificación ... a no ser que alguna de las Partes ponga en marcha deliberadamente sistemas destinados a negar las informaciones telemétricas, como la codificación telemétrica cuando esta impida verificar el cumplimiento de las normas del tratado”. Dada la indeterminación de esta regla, cuando la administración americana ha acusado a la Unión Soviética de codificación ilegal, la Unión Soviética ha propuesto definir más explícitamente los parámetros que no deben ser codificados. Hasta la fecha, los Estados Unidos, a la vez que insisten en sus acusaciones, no han dado respuesta alguna a la propuesta soviética.

El radar soviético de Krasnoyarsk

El gobierno de Reagan ha acusado también de manera repetida y pública a la Unión Soviética de infringir los acuerdos SALT con la construcción de la estación de radar de Abalakova, algo al norte de la ciudad de Krasnoyarsk. Esta supuesta violación, como ya se ha dicho, es una de las principales razones dadas por Reagan para no respetar los límites impuestos por el SALT II, ya que la Unión Soviética tampoco los respetaría a su vez. Según el SALT, los radar han de estar instalados cerca de la periferia de las dos

naciones y orientados hacia el exterior, a fin de dar la alarma ante un ataque de misiles, pero no en el interior del territorio nacional, porque entonces podrían suministrar información sobre la posición exacta de las cabezas de un segundo golpe en aproximación a un hipotético sistema nacional de protección ABM desplegado en todo el territorio. Eso podría permitir la destrucción de dichas cabezas antes de que cayeran sobre el territorio nacional, haciendo así inoperante el segundo golpe, sobre el que se cimienta toda la estrategia del SALT. En efecto, el radar de Krasnoyarsk está situado a unos 700 kms. de la frontera oriental de la Unión Soviética y, aunque está orientado hacia el exterior, cubre varias millas de territorio soviético, por más que esa cobertura represente sólo una pequeña parte del país.

Ahora bien, que el radar de Krasnoyarsk constituya el comienzo de un programa soviético de defensa nacional contra los misiles americanos es, cuando menos, dudoso. El primero de febrero de 1985, el Centro de Estudios e Investigaciones americano —CSR— publicó un informe en respuesta a una petición expresa del senador William Proxmire. En las páginas 34 y 35 de dicho informe se dice: "Diversos representantes oficiales del gobierno francés con los que se discutió este tema se manifestaron insatisfechos por haber de basarse exclusivamente en las informaciones suministradas por los Estados Unidos para determinar cuáles son las intenciones soviéticas en Krasnoyarsk. No llegaron a discrepar de la información que el gobierno de Reagan les ha transmitido, pero declararon que se les había puesto en la incómoda posición de tener que aceptar la interpretación estadounidense o manifestar que no se les había contado la verdad por parte de su aliado más importante. Varios representantes oficiales del gobierno de la República Federal de Alemania evidenciaron un sentimiento parecido" (58).

En la revista *Scientific American*, una de las más serias e importantes de su género en los Estados Unidos, en el número de abril de 1986, Moroslav Nincic, profesor de ciencias políticas de la universidad de Nueva York, examina de manera muy profunda el problema de Krasnoyarsk. Escribe: "Quizá una razón mucho más fuerte (que la defensa ABM) para la instalación de radares en el interior del país es la creciente amenaza que representan los misiles de crucero lanzados desde submarinos (SLCM en siglas inglesas). Des-

de el punto de vista soviético, el peligro más inmediato se deriva de los Tomahawk, que son SLCM de ataque al suelo lanzados desde plataformas navales ... Dado que los misiles de crucero pueden burlar el radar de la defensa aérea volando a baja altura, pueden usarse para destruir los sistemas de alerta temprana en un ataque por sorpresa y abrir así una "ventana" por la que podría lanzarse un SLBM ... Al instalar el radar cerca de Krasnoyarsk, Moscú puede haber buscado la manera de privar a los Estados Unidos de su majante opción estratégica" (59).

Por otro lado, tampoco los Estados Unidos están inmunes de una tal violación. En el mismo artículo mencionado, Nincic informa de que el gobierno de los EE.UU. ha decidido construir dos estaciones de radar PAVE POW en las bases aéreas de Goodfellow en Texas y Robins en Georgia. La primera se encuentra a 260 kms. de la costa atlántica, la segunda a 220 kms. de la frontera con México ... La superficie controlada (por ambas estaciones juntas) podría cubrir hasta los dos tercios del territorio continental de los Estados Unidos".

Tras esta exposición, juzgue el lector cuántas de las acusaciones de Reagan y Weinberger tienen un fundamento real y cuántas, en cambio, no pasan de ser mentiras propagandísticas.

Los Pershing II y los misiles de crucero en Europa

Como ya se ha dicho, en la reunión de los jefes de estado y de gobierno de la Alianza Atlántica celebrada en diciembre de 1957, se decidió desplegar en Europa armas nucleares llamadas tácticas o de teatro, en la medida que tenían un alcance insuficiente para atacar objetivos situados en la Unión Soviética. Como aclararé en seguida, el número de dichas armas fue aumentando de manera constante hasta alcanzar, a mediados de los años sesenta, las 7.000 unidades. Entretanto, Francia intensificaba la construcción de su propia fuerza nuclear, seguida a distancia por China, y Gran Bretaña se dotaba también de armas nucleares nacionales. Todas estas armas habían quedado siempre excluidas de las negociaciones de los acuerdos SALT. Para equilibrar la amenaza que representa-

ban esas armas nucleares, la Unión Soviética empezó a desplegar, a partir de los primeros años sesenta, dos tipos de misiles, el SS-4 y el SS-5, con una clara orientación defensiva y de búsqueda del equilibrio, ya que su alcance era suficiente para golpear a los países europeos, incluidas Francia e Inglaterra, pero no a los Estados Unidos. En 1977, una vez que estos misiles quedaron viejos, bien por su concepción técnica, bien por su misma edad física, la Unión Soviética empezó a sustituirlos por un nuevo modelo, los SS-20. Las razones que hacían necesaria la sustitución han sido aclaradas por Richard Perle, a la sazón vicesecretario de defensa y uno de los más firmes antisoviéticos de la administración Reagan. En una conferencia de prensa celebrada el 18 de abril de 1984, Perle precisó: «Durante el decenio de 1970, hasta 1977, y en realidad ya desde los años sesenta, los soviéticos tuvieron una fuerza de misiles de alcance intermedio, SS-4 y SS-5. Esos misiles eran de una tecnología anticuada. Necesitaban mucho tiempo para cargar combustible, eran armas de combustible líquido. Resultaban muy imprecisos. No podían caer a menos de una milla de su objetivo. Y no constituyan una amenaza grave para aquellas instalaciones esparcidas por Europa de las que depende la capacidad de represalia de la Alianza en dicho continente: los lugares de almacenamiento de las armas nucleares de la OTAN...En 1977 los soviéticos empezaron a desplegar los SS-20».⁶⁰.

La sustitución de los viejos misiles SS-4 y SS-5 por los más modernos SS-20 no tiene nada excepcional; si acaso, se podría decir que se ha verificado con notable retraso respecto al ritmo de sustitución de los misiles americanos. En el mismo lapso de tiempo los americanos han sustituido seis veces los misiles de sus submarinos con los Polaris I, Polaris II y Polaris III, que, pese a la constancia del nombre son armas diferentes, seguidos de los Poseidon y los Trident I y II, que también son misiles distintos.

Las diferencias entre los viejos misiles soviéticos y los SS-20 son las siguientes: los SS-20 tienen tres cabezas nucleares en lugar de la única que portaban los misiles antiguos; sin embargo, no se ha sustituido cada misil viejo por un misil nuevo, sino que se hace manteniendo *grossos modo*, el mismo número de cabezas nucleares. La carga nuclear de cada cabeza de SS-20 es aproximadamente un séptimo de la de los viejos misiles, por lo que, una vez ultimada la

sustitución, la amenaza nuclear contra Europa habrá disminuido notablemente. No existe, pues, ninguna razón, no sólo militar, sino ni siquiera de simple lógica, que justifique el despliegue de los euromisiles — Pershing II y misiles de crucero — en Europa, despliegue decidido por la OTAN en diciembre de 1979.

Se ha dicho que los SS-20 son capaces de golpear las naciones europeas de la OTAN, mientras que estas no están en condiciones de responder con una represalia contra la Unión Soviética, que se convertiría así en un «santuario» imbatible. Pero también las naciones del Pacto de Varsovia pueden ser golpeadas por las armas nucleares americanas desplegadas en Europa, mientras que no pueden tomar represalia contra los Estados Unidos, quienes se convierten así en un «santuario» imbatible. El equilibrio de las capacidades ofensivas entre las dos alianzas, elemento fundamental para mantener la paz, requeriría, por tanto, que en los países del Pacto de Varsovia se desplegasen armas nucleares capaces de golpear los Estados Unidos...Estas son las conclusiones absurdas de la propaganda americana, que sin embargo siguen tragándose con los ojos cerrados los gobiernos europeos de la OTAN.

Se dice también que los americanos se resistirían a emplear sus armas estratégicas por temor a una represalia soviética sobre su territorio, mientras que no tendrían reparo en usar los euromisiles, ya que la reacción soviética se dirigiría entonces contra las naciones que albergan esas armas y no contra los Estados Unidos. El sentido común más elemental dice que un arma americana que destruya Moscú determinará la misma reacción soviética tanto si ha partido de los Estados Unidos como si lo ha hecho de un sumergible, de un avión o de una base europea. La única diferencia es que la base europea de lanzamiento se convertirá por fuerza en objetivo prioritario de la defensa soviética. Por lo demás, si la tesis propagandística de la OTAN fuese verdadera, significaría que la estrategia americana está concebida para descargar sobre los países europeos la represalia soviética. Pero volveré con más detenimiento sobre este punto en el capítulo sobre la «respuesta flexible».

Una prueba evidente de que los euromisiles no representan en absoluto una contramedida frente al despliegue de los SS-20 es la elección de Comiso como base de emplazamiento de los misiles de crucero en Italia. Comiso es el punto del territorio italiano más ale-

jado de la ubicación de los SS-20 soviéticos. Sostener que existe un vínculo entre ambos despliegues equivale a sostener un absurdo geográfico, y por más poderosa que sea la propaganda de la OTAN, su poder no ha llegado todavía al extremo de demostrar que la geografía se equivoca. El emplazamiento en Comiso constituye una amenaza y un chantaje político-militar contra Libia en particular y contra todos los países árabes ribereños del Mediterráneo y del Oriente Medio en general. Por otra parte, las mismas autoridades oficiales americanas afirman explícitamente la importante función estratégica ofensiva de los euromisiles. El general americano Jones escribió, siendo presidente de la junta de jefes de estado mayor americanos: «La fuerza (de Pershing II y de misiles de crucero desplegada en Europa) será los suficientemente importante como para representar una amenaza verosímil para la Unión Soviética». (61). Al fin y al cabo, son armas estratégicas que se añaden a las americanas ya existentes y que, al no quedar contempladas en los acuerdos SALT, aumentan unilateralmente la fuerza nuclear estratégica de los Estados Unidos. Se infringe así el artículo XII del tratado SALT II, que estipula que: «A fin de garantizar la vigencia y eficacia de este tratado, cada una de las Partes se compromete a no burlar las normas de este tratado por mediación de ningún otro estados o estados ni de ningún otro modo». El entonces secretario de defensa Harold Brown fue muy explícito: «Los sistemas de teatro de operaciones de gran radio de acción pueden emplearse para realizar ataques limitados o dispersos sobre objetivos de la parte occidental de la URSS o de la Europa del este». (62). Weinberger afirma que: «A causa de su gran precisión, tanto los Pershing II como los GLCM (siglas inglesas de los misiles de crucero basados en tierra) pueden atacar objetivos fortificados con limitados daños colaterales». (63). Los objetivos fortificados son los misiles terrestres ocultos en sus silos y los centros militares y políticos de mando. Eso significa que los euromisiles son armas peligrosas de primer golpe. Aun fue más explícita la junta de jefes de estados mayor americana que, en un documento de enero de 1986, precisa: «Tanto el sistema Pershing II como el de GLCM...incorporan tecnologías que los hacen eficaces contra objetivos de vital importancia. El misil Pershing II proporciona una capacidad suplementaria, pues puede golpear objetivos que requieran una ur-

gente destrucción (*time-urgent targets*)». (64). Los objetivos que requieren una urgente destrucción son los centros de mando político-militar y los centros de comunicaciones, pues su inmediata destrucción impediría a la Unión Soviética montar el segundo golpe, la represalia.

Las propuestas soviéticas de desarme. (65)

En la sesión conjunta de las comisiones de relaciones exteriores del soviet de la Unión y los soviets de las nacionalidades del soviet supremo de la URSS, celebrada en el Kremlin el 20 de junio de 1986, se examinó la situación creada en torno a los acuerdos soviético-americanos sobre la limitación de armamentos estratégicos a raíz de las iniciativas del gobierno de los EE.UU.

Igor Ligachov, miembro del politburó del comité central del PCUS y secretario de dicho comité, que moderó la sesión, subrayó que el problema sometido al examen de los diputados miembros de las comisiones de relaciones exteriores se ha agudizado notablemente como consecuencia de la decisión tomada recientemente por el presidente de los EE.UU. de dejar de respetar en el futuro los acuerdos estipulados entre la URSS y los EE.UU. en el campo de la limitación de los armamentos estratégicos ofensivos.

La violación de los acuerdos alcanzados, el rechazo de los acuerdos firmados, no es política de la Unión Soviética. Y todo intento de Washington de presentar los hechos bajo otro enfoque sólo sirve para crear una atmósfera que facilite el rechazo de los acuerdos firmados anteriormente, justificar el potenciamiento de los armamentos. Los círculos dirigentes de los EE.UU., al alimentar la nueva carrera de armamentos, esperan arrastrar a ella a la Unión Soviética, desgastarnos económicamente, debilitar nuestra influencia en la causa de la paz y del progreso social, recuperar las posiciones perdidas.

Los Estados Unidos han llevado a cabo una acción que mina el proceso mismo de limitación de los armamentos. En una vía extremadamente peligrosa. Si los EE.UU. siguen por ella, la próxima

victima del militarismo americano podría ser el tratado permanente sobre limitación de los sistemas de defensa antibalística.

La Unión Soviética, ha subrayado Igor Ligachov, mantienen firmemente la iniciativa de la lucha por la paz, contra la guerra.

Con el fin de poner término a la carrera de armamentos e iniciar un desarme efectivo, la URSS ha hecho una serie completa de propuestas a corto plazo:

—Primera. Poner fin a las pruebas nucleares. La Unión Soviética ha introducido la moratoria unilateral de pruebas nucleares, ha lanzado la propuesta de iniciar sin dilación negociaciones sobre la prohibición total de las pruebas nucleares.

—Segunda. Liquidación completa de los armamentos nucleares de aquí a fin de siglo, empezando por la prohibición de construir armamentos espaciales de ataque (SDI).

—Tercera. Eliminación de los misiles de alcance medio soviéticos y americanos en la región europea.

—Cuarta. Liquidación, ya en este siglo, de las armas químicas, así como de la base industrial para su preparación.

—Quinta. Reducción de las fuerzas armadas y los armamentos en Europa, desde el Atlántico hasta los Urales.

—Sexta. Colaboración internacional en la explotación del espacio con fines pacíficos, en beneficio de toda la humanidad.

—Séptima. Realización de un control seguro sobre cada fase del desarme, mediante la utilización, tanto de los medios nacionales, como de procedimientos internacionales, incluidas las inspecciones «in situ».

—Octava. Creación de un sistema universal de seguridad internacional de los pueblos, que abarque tanto el campo militar y político como el económico y humanitario.

El gobierno de los EE.UU. ignora las propuestas de paz de la Unión Soviética, ha respondido a estas con actos de agresión contra Libia, con nuevas provocaciones en Nicaragua, en Oriente Próximo, Angola y Afganistán. La lógica de las relaciones internacionales actuales es tal, ha subrayado Igor Ligachov, que las acciones de los Estados Unidos para romper la paridad estratégico-militar provocan la correspondiente e inevitable reacción de la parte soviética.

A la luz de la situación creada actualmente en relación con el

problema del respeto de los acuerdos soviético-americanos sobre limitación de armamentos estratégicos, ha afirmado el relator, es preciso examinar con la máxima atención un conjunto de problemas surgidos a este respecto y extraer las consecuencias oportunas.

De ello se están ocupando el comité central del PCUS y los respectivos ministerios y entes encargados de ello. El examen de tales problemas por parte de las comisiones de relaciones exteriores de las cámaras del soviet supremo de la URSS deberá también contribuir a encontrar soluciones más racionales.

En el acto de clausura de la sesión ha intervenido el secretario del comité central del PCUS Anatoli Dobrinin. En su intervención ha subrayado que, si se consolidara en la política estadounidense la actual línea de rechazo de las limitaciones establecidas por los acuerdos cuando sean un obstáculo para la realización de los programas militares americanos, se vería pronto en peligro un documento clave como es el tratado ABM.

En tales condiciones, la Unión Soviética opondrá resueltamente a la peligrosa política de los Estados Unidos una línea propia y consecuente para establecer relaciones internacionales adecuadas al carácter de la era nuclear y espacial, y buscará activamente y con perseverancia una salida del círculo vicioso en que los círculos extremistas de los Estados Unidos tratan de encerrar al mundo.

En las condiciones actuales reviste, por tanto, una extraordinaria importancia, ha dicho Anatoli Dobrinin, que el gobierno de los Estados Unidos sopesa una vez más la responsabilidad que contrae al tomar decisiones que conducen al fracaso del proceso de limitación de los armamentos estratégicos y, mientras haya tiempo para ello, saque las consecuencias oportunas.

Las comisiones de relaciones exteriores del soviet de la Unión y el soviet de las nacionalidades del soviet supremo de la URSS han adoptado una resolución sobre el problema en cuestión, cuyo texto se ha enviado al gobierno de los EE.UU.

Cesación de las pruebas nucleares

Ciertamente, no es necesario ser experto militar para comprender la importancia de las propuestas soviéticas de desarme apro-

badas el 20 de junio de 1986. Considero necesario dirigir la atención del lector hacia un punto concreto que demuestra de manera palpable cuál de las dos partes quiere detener y dar marcha atrás a la carrera de armamentos y cuál pretende, por el contrario, acelerarla peligrosamente. Se trata de la cesación de las pruebas nucleares realizada unilateralmente por la Unión Soviética durante un año y medio, desde agosto de 1985 y durante todo el año 1986, a pesar de que los Estados Unidos, contra las repetidas solicitudes de la opinión pública mundial y de numerosos representantes de gobiernos de todo el mundo, han proseguido e intensificado sus experimentos. ¿Para qué sirven las pruebas nucleares? La respuesta es muy simple: para garantizar el funcionamiento de nuevas armas nucleares y, a veces también, el de las ya existentes, a más largo plazo. La Unión Soviética, que desea honestamente dar marcha atrás en la carrera de armamentos insiste en poner fin a las pruebas nucleares, mientras que los Estados Unidos que quieren nuevas armas, cada vez más sofisticadas y terribles, desean proseguir las pruebas. Naturalmente, y como siempre, al no saber qué oponer a la moratoria unilateral soviética, los Estados Unidos han dado la manida excusa de que no puede haber acuerdos con la Unión Soviética si no existen controles estrictos, ya que la Unión Soviética violaría los acuerdos. Volveré luego sobre este punto para demostrar su falsedad, pero lo cierto es que, para remover esa excusa, Moscú ha autorizado a un grupo de científicos americanos a instalar estaciones de control en el interior de la Unión Soviética.

En su interesante artículo publicado en una revista que, como aclaré enseguida, es decididamente antisoviética, se lee que un grupo de científicos americanos del Natural Ressource Defense Council, dedicado a la protección del medio ambiente, y un grupo de científicos soviéticos de la Academia de Ciencias, a fin de promover un acuerdo oficial han establecido entre ellos un acuerdo sismográfico y han instalado la primera estación sismológica de control a 140 millas de Semipalatinsk, el mayor polígono experimental soviético. «Es este un gran progreso», ha dicho James Brune, de la universidad de California en San Diego, «si los rusos no hablaran en serio de las negociaciones para la cesación de las pruebas nucleares, no habrían aceptado la instalación de tantas estaciones de control». (66).

La estación ya montada ha permitido detectar un terremoto a 300 millas de distancia, comprobándose que la detección de terremotos muestra características que la distinguen de la relativa a las explosiones nucleares. En otras palabras, las estaciones de control pueden verificar la realización de explosiones nucleares y la Unión Soviética ha autorizado su establecimiento, con lo que se desvaneceen todas las excusas «inventadas» por los Estados Unidos para enmascarar su carrera de armamentos. Volviendo a la revista, su deseo de inculpar a la Unión Soviética también de las culpas que no tiene le ha jugado una mala pasada a la propia revista que declaró que los trabajos sismográficos debían suspenderse durante las pruebas que la Unión Soviética habría realizado tras excluir la moratoria nuclear el día 6 de agosto. Como es sabido, la URSS, en lugar de eso, prorrogó, siempre unilateralmente, la moratoria durante todo lo que restaba de 1986 y se declaró dispuesta a una cesación total definitiva si también los Estados Unidos se adherían.

Una última observación: los Estados Unidos acusan siempre a la Unión Soviética de hacer propaganda para esconder lo que sería la realidad de su rearme. Pues bien, la moratoria de las pruebas nucleares soviéticas es un hecho real y concreto. Propaganda sí lo son las inconsistentes excusas americanas...

La defensa de Europa

George F. Kennan, uno de los más conocidos y prestigiosos expertos americanos y profundo conocedor de la Unión Soviética escribe en una de sus obras: «Aquí (en las relaciones soviético-americanas) parece haber triunfado siempre la supersimplificación. Las graves distorsiones de la realidad están tan profundamente implantadas en la mente del público de este país (EE.UU.) y en otros lugares que una pronta corrección es imposible. Grandes masas de personas de este país y de Europa han sido inducidas a creer que la dirigencia soviética ha estado obsesionada, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, por la idea de invadir Europa Occidental, y que sólo se ha visto «disuadida» de ello (con gran rechinazos de dientes por la contrariedad) por la amenaza de la represalia nuclear. Una variante de esta supuesta verdad muy común en Alemania Occidental, es la creencia de que los soviéticos, si desapareciera la amenaza nuclear no atacarían inmediatamente, pero someterían a los países miembros de la OTAN de Europa Occidental a diversas formas de chantaje nuclear frente a las cuales estas naciones dada la aplastante superioridad convencional soviética, no tendrían otra opción que «capitular». Un mito derivado de ese, igualmente creído en amplios estratos de la opinión pública es que la superioridad soviética en fuerzas convencionales de Europa Central ha crecido tan implacablemente y ha alcanzado unas dimensio-

nes tales que a la OTAN le resulta imposible hacerle frente. Todas estas hipótesis son absolutamente incorrectas o extremadamente improbables, pero están tan arraigadas y difundidas en la opinión pública que, con toda probabilidad nada de lo que yo u otras personas que no tienen un puesto oficial podamos decir sería capaz de erradicarlas. Sólo personalidades de la administración o de la política, de alto rango y que hablaran desde el plano de preeminencia y autoridad que da un alto puesto gubernamental (en nuestro país, probablemente sólo el presidente) tendrían la posibilidad de reeducar con éxito a la opinión pública sobre los diversos puntos y eso es algo que, en la coyuntura presente, no tiene la más mínima probabilidad de ocurrir» 67.)

No tengo, desde luego, la pretensión de triunfar donde Kennan desespera de hacerlo, pero considero que la gravedad de la situación presente, los nuevos acontecimientos del Este y del Oeste y el creciente interés de la opinión pública mundial por profundizar en el conocimiento de los problemas relacionados con la supervivencia de la humanidad, imponen a quien se ha dedicado al estudio de estos problemas también desde posiciones oficiales de notable importancia el deber de aportar una contribución documentada al conocimiento correcto de tan vitales problemas.

La respuesta flexible

McNamara, a la vez que reducía las fuerzas nucleares estratégicas en los Estados Unidos, aumentaba considerablemente las fuerzas nucleares de teatro en Europa, cuyo despliegue, como ya se dijo, se había decidido en la reunión del Consejo Atlántico de diciembre de 1957, hasta alcanzar el notable número de 7000. Esta aparente contradicción se debe a razones más políticas que militares. Los años 60 eran aquellos en que el presidente francés, General De Gaulle intensificaba la producción de su autónoma «force de frappe» nuclear. McNamara era decididamente contrario a la creación de esa fuerza porque introducía un centro autónomo de decisiones nucleares que complicaba las relaciones EE.UU.-URSS, porque constituía un acicate para que otros países siguieran el ejem-

plo y porque acentuaba la diferencia de capacidad militar entre las dos naciones eternamente rivales, Francia y Alemania: Francia con armamento nuclear propio y Alemania con la prohibición de poseerlo. Así que el despliegue de tantas armas nucleares de teatro en Europa minimizaba proporcionalmente la «force de frappe» francesa y, lo que es más importante, trataba en cierto modo de reequilibrar el armamento nuclear entre las dos naciones europeas: las armas nucleares de teatro se deplegaron fundamentalmente, desde un principio en la República Federal de Alemania que además tenía en su posesión los medios vectores y adiestraba a sus militares en su uso. De ese modo la RFA se convirtió en una nación «cuasi nuclear». Es cierto que el control de las cabezas nucleares sigue en manos americanas pero puede ser cedido fácil y rápidamente siempre y cuando se juzgara oportuno.

En una audiencia del senado americano celebrada el 3 de mayo de 1978, el profesor Jane M.O. Sharp, de la universidad de Washington, señaló que «en Alemania Occidental el tratado de no proliferación nuclear (que prohíbe la posesión de armas nucleares a sus firmantes, entre los que Alemania fue obligada a incluirse) ha sido considerado «un Versalles de enormes proporciones», lo que da testimonio de la gran persistencia de los efectos de la discriminación plasmada en acuerdos formales. Esta es quizás la razón principal por la que encontramos tantas dificultades para garantizar actualmente la no proliferación. Pienso también en ese sentido que los acuerdos bilaterales SALT y las negociaciones interaliadas MBFR (para la reducción mutua y equilibrada de las fuerzas en Europa Central) han despertado en Alemania Occidental un desconcertante apetito de los misiles de crucero, no, según creo, por una necesidad objetiva de seguridad, sino como resentimiento por el hecho de que los miembros más importantes de la Alianza decidían por ellos».68).

Esta reflexión explica y justifica el apoyo dado por la República Federal de Alemania al despliegue de los euromisiles que, como aclararé enseguida no aumentan la defensa sino el peligro nuclear.

Volviendo a McNamara el despliegue de una cantidad tan considerable de armas nucleares en Europa requería, como es natural, la elaboración de la correspondiente doctrina sobre su uso. Ello era tanto más necesario cuanto que con la práctica paridad nuclear

estratégica entre ambas potencias, subsiguiente a la construcción de los misiles intercontinentales de ambas partes, los países europeos empezaban a dudar de que los EE.UU. estuvieran dispuestos a correr el riesgo de destrucción de su país empleando los misiles intercontinentales para defender a Europa. Fue esta consideración, aparte, claro está, de razones de prestigio, la que indujo al general De Gaulle a construir su armamento nuclear. McNamara inventó, por consiguiente la estrategia de la «respuesta flexible», que vincula el empleo de las armas de teatro a la defensa de Europa haciendo pagar, como de costumbre, el precio de la defensa a los países europeos principalmente.

La respuesta flexible que en cierto modo anticipa la estrategia de guerra nuclear limitada y prolongada del presidente Carter, prevé que si un ataque, aunque sea sólo convencional, del Pacto de Varsovia en Europa no puede ser frenado por las fuerzas convencionales de la OTAN, los americanos emplearán los primeros las armas nucleares de teatro contra las fuerzas del Pacto, pero no contra objetivos de la Unión Soviética. Sólo en el caso de que ni siquiera el empleo de las armas de teatro lograse detener la invasión del Pacto de Varsovia los EE.UU. examinarían la posibilidad de emplear contra la Unión Soviética sus propios misiles intercontinentales. Sin duda no hace falta ser experto militar o nuclear para comprender que el uso de las armas de teatro por parte de los americanos determinaría inevitablemente la destrucción de Europa. Es muy dudoso que tras esa destrucción pueda darse un intercambio de golpes nucleares estratégicos. Sin embargo, a mí, como europeo, no me interesa lo que pueda suceder *después de que Europa sea destruida*; me interesa, en cambio, una defensa *que no contempla la destrucción de Europa en defensa de los EE.UU.* Fueron esas consideraciones, como ya he dicho, las que impulsaron al general De Gaulle a rechazar el paso de la estrategia de la represalia masiva, que por lo menos ponía a los EE.UU. y a los países europeos de la OTAN ante el mismo grado de peligro, a la respuesta flexible, que pone en primer plano la destrucción de Europa.

La estrategia de la respuesta flexible, elaborada desde 1963, no pudo ser adoptada por la OTAN hasta 1967, cuando Francia abandonó la estructura militar de la OTAN e hizo salir de su territorio todas las bases americanas, incluso las que se consideran normal-

mente bases de la OTAN. Para acabar con la estrategia de la respuesta flexible, recordaré que los procedimientos de la OTAN para el empleo de las armas nucleares en Europa prevén que se celebre una consulta preventiva con los aliados sólo «si el tiempo y las circunstancias lo permiten» (69). Es fácil prever que una decisión tan importante y al menos teóricamente, urgente, no podrá discutirse preventivamente por 16 gobiernos. Por otra parte, existen en Europa aviones que llevan ya abordo las armas nucleares y que están listos para partir en intervalos de tiempo brevísimos a una orden del comandante aliado supremo en Europa y que es siempre un general americano y que, para el empleo de las armas nucleares americanas, depende directa y exclusivamente del presidente de los EE.UU. Dichos aviones, de los que se dice que están en servicio de «alarmas de reacción rápida» —QRA, en siglas inglesas— (en Italia se emplean los aviones *Tornado* de las unidades italianas), no permiten, ciertamente, ninguna consulta preventiva.

Una grave inexactitud en relación con las armas nucleares en Europa es la tocante a la llamada «doble llave», es decir, un sistema de seguridad doble que es necesario desbloquear para emplear el arma nuclear. La propaganda americana a la que hacen coro los gobiernos de la OTAN, tiende a hacer creer a las poblaciones de sus países que una de las llaves estaría en poder de las autoridades nacionales, que tendría así la posibilidad, sino lo desearan, de impedir el empleo de armas nucleares. Eso es completamente falso.

Existen, en efecto, dos llaves para cada arma nuclear controladas por dos autoridades distintas, a fin de impedir a una sola autoridad, por su cuenta y riesgo, hacer uso del armamento nuclear sin que así lo haya decidido el presidente de los EE.UU. Pero ambas llaves están en manos americanas y no nacionales. Para convencerse de ello baste pensar que, si una llave estuviese en manos de las autoridades nacionales, las consultas para su empleo habrían de ser obligatorias y no condicionadas al tiempo y a las circunstancias, tal como estipulan las normas de procedimiento de la OTAN, aceptadas por todos los países de la Alianza.

En conclusión, *con la respuesta flexible y las armas nucleares*

americanas en Europa, las naciones europeas de la OTAN pueden resultar destructivas por decisión americana, sin que tengan control alguno sobre su destino.

La presunta superioridad convencional del Pacto de Varsovia

Todas las doctrinas militares de la OTAN parten siempre, como ha precisado Kennan, de la presunción de una superioridad de las fuerzas convencionales del Pacto de Varsovia y del irrefrenable deseo de la Unión Soviética de invadir Europa. El anexo 5 demuestra palmariamente hasta dónde llegan las mentiras propagandísticas que el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS) de Londres fabrica y difunde desde hace años, y que son recogidas y valoradas por los Estados Unidos y por todos los países de la OTAN. De 1964 a 1985, según las estimaciones del IISS, el total de los soldados del ejército soviético disminuyó en 360.000 efectivos, pasando de 2.200.000 a 1.840.000 mientras las divisiones constituidas por estos soldados aumentaron según el IISS, en 53, pasando de 140 a 193, con un aumento de casi el 40%. Simultáneamente, los soldados de las divisiones acorazadas pasaron de 9.000 a 11.000, con un aumento de más del 22%, y los de las divisiones mecanizadas pasaron de 10.500 a 14.000, con un aumento de más del 33%.

Que yo sepa, un milagro como este que proclama el IISS se produjo una sola vez en la historia cuando con cinco panes y dos peces se sació el hambre de 5.000 personas y aún hubo de sobra. Estas y otras clamorosas patrañas del IISS le han valido en el mundo militar occidental la fama de experto en cuestiones militares, punto de referencia de los estudiosos, llamados expertos de la OTAN, incluidas las autoridades oficiales americanas. El «milagro de la multiplicación», tiene una doble finalidad: demostrar un constante aumento de las fuerzas del ejército soviético, mientras que en realidad se ha producido una disminución, y al mismo tiempo demostrar que se ha producido un aumento en el número de tanques, cañones y, en general, del equipo militar soviético, ya que dicho equipo es por fuerza proporcional, *grosso modo*, al número

de divisiones; al aumentar éstas debe aumentar necesariamente el correspondiente equipo militar.

Pero sostener embustes clamorosos de este género no es fácil, porque, entre otras cosas, el IISS publica un estudio anual en el que se hace una relación de las fuerzas armadas de todos los países del mundo y, en particular, del Pacto de Varsovia y de la OTAN, divididas en ejército, marina y fuerza aérea. Por ello es fácil que el IISS incurra en contradicción. Eso es lo que ocurrió entre 1981 y 1986. En los estudios de esos años se incluía un cuadro sinóptico en el que venían presentadas las fuerzas del ejército de la OTAN y del Pacto de Varsovia existentes en Europa y el total de las fuerzas de la Unión Soviética. En 1981-82, el estudio del IISS demuestra que había en Europa 454.000 soldados más en el ejército de la OTAN que en el del Pacto, incluidos respectivamente los soldados de los EE.UU. y de la URSS desplegados en Europa. Es decir, la OTAN tenía una superioridad de 1,27 a 1 respecto al Pacto. En el estudio de 1982-83 las cifras prácticamente no cambian y, sin embargo, disminuye inexplicablemente la relación de superioridad de la OTAN, que pasa del 1,27 al 1,15. En el estudio de 1983-84 el IISS, habiéndose dado cuenta, obviamente, de que el cuadro de fuerzas terrestres en Europa desmentía clamorosamente la tan cacareada superioridad convencional del Pacto, redujo arbitrariamente la cifra correspondiente a las fuerzas de la OTAN, rebajando así su superioridad a un 1,03 a 1. Pero este truco es fácil de descubrir, ya que, como antes se indicó, el mismo estudio contiene la relación de las fuerzas de los ejércitos de los distintos países de la OTAN. Una simple suma demuestra que las fuerzas de los países de la OTAN eran 2.155.000 y no 1.746.000, como se dice en el cuadro sinóptico. La realidad, por tanto, es que la OTAN, con el ingreso de España, tiene en Europa 658.000 soldados más que el Pacto de Varsovia, con una superioridad de 1,38 a 1. En el estudio de 1984-85 el IISS se dio cuenta de que ya no bastaba falsificar las cifras relativas a la OTAN, sino que había que hacerlo también con las del Pacto, y pensó que la manera más conveniente era aumentar el número de soldados soviéticos en Europa. En el cuadro sinóptico del IISS los soldados de la OTAN volvían a disminuir, pasando de los 1.746.000 del año anterior a 1.550.000, cuando lo cierto es que se habían mantenido práctica-

mente constantes en 2.143.000. Además aumentaron notablemente los soldados del ejército soviético desplegados en Europa, que pasaron de 871.000 a 1.143.000. Con estas manipulaciones, el cuadro sinóptico del IISS muestra finalmente una superioridad del Pacto de 193.000 soldados, equivalente a un 1,1 a 1. Dado que no tengo elementos directos de juicio para saber si la estimación del número de soldados soviéticos en Europa es correcta o no, en el cuadro del anexo 6 he corregido solamente el dato relativo a los soldados de la OTAN, por cuanto la corrección deriva de las cifras contenidas en el estudio del IISS sobre cada país por separado. Simplemente con esa corrección, las fuerzas de la OTAN resultan aún superiores a las del Pacto de Varsovia en 400.000, es decir, por 1,20 a 1. Pero incluso la supuesta superioridad de 193.000 soldados del Pacto, que figura en el cuadro del IISS, distaría de poder justificar la hipótesis de un ataque incontenible, por lo cual, en el cuadro correspondiente a 1985-86, el IISS decidió dar un salto en la cantidad de soldados soviéticos desplegados en Europa, que pasaron de los 1.143.000 del año precedente a 1.871.000, con lo que resultaría finalmente una superioridad del Pacto en 597.000 soldados. Pero con ello el IISS ha incurrido en una presentación tan grosera y patentemente falsa como para descalificar a cualquier instituto que valore la propia dignidad. Como ya he dicho, en los cuadros del IISS se indica también el total de los soldados del ejército soviético, y, mientras hasta 1983-84 hay una división bastante equilibrada de dichos soldados entre Europa y Asia, en 1984-85 el equilibrio se rompe a favor del aumento de las fuerzas estacionadas en Europa, y en 1985-86 se llega incluso al absurdo de considerar que sólo hayan quedado en Asia 124.000 soldados, incluidos los 120.000 que Occidente afirma que se hallan desplegados en Afganistán... Para intentar cubrir, siquiera parcialmente, esas falsedades, el IISS introduce un aumento global de los soldados del ejército soviético de 1.840.000 a 1.995.000, del que no se da ninguna aclaración ni explicación en el cuerpo del estudio. Ese aumento no basta, naturalmente, para dar credibilidad a las estimaciones del IISS. El cuadro del anexo 7 pone claramente de manifiesto el grosero intento de confundir a la opinión pública con una completa tergiversación de la realidad. Entre otras cosas, el IISS pretende que en dos años los soldados soviéticos estacionados en Europa

han aumentado en un millón, pasando de 871.000 a 1.871.000, sin que nadie haya advertido un aumento tan colosal. Si tal aumento hubiese tenido lugar, todo el mundo occidental se habría puesto en estado de alarma máxima. La verdad es que en Europa hay una superioridad de los ejércitos de la OTAN del orden de unos 500.000-600.000 soldados.

A parte de la demostrada falta de credibilidad del IISS, tampoco la presunta superioridad del armamento del Pacto de Varsovia resulta creible, ya que existe una relación bastante constante entre el número de soldados y su armamento: a más soldados (de la OTAN), mayor es su armamento (en comparación con el del Pacto de Varsovia). La propaganda de la OTAN trata de remover el obstáculo haciendo creer que existen en la Unión Soviética almacenes de movilización de armamentos listos para armar a las numerosas divisiones que la URSS podría movilizar rápidamente, y que son muchas más de las que pueden movilizar los países europeos de la OTAN. Los datos proporcionados por el propio IISS en el cuadro 6 desmienten que la URSS y el Pacto de Varsovia tengan un número de reservistas adiestrados y susceptibles de movilización superior siquiera al de las naciones europeas de la OTAN solas. El total de las fuerzas de los ejércitos de la OTAN correspondientes a las naciones europeas, escluidas las fuerzas americanas, es de 2.206.000. El total de las fuerzas de los ejércitos del Pacto de Varsovia, incluidas todas las fuerzas soviéticas desplegadas en Europa y en Asia es de 2.809.000 (1.995.000 de la URSS, cifra discutible, más 814.000 de las demás naciones del Pacto). Naturalmente en esas cifras están incluidos además de los reclutas, también los suboficiales y oficiales alistados de manera permanente. Como la organización de los ejércitos de la OTAN y del Pacto de Varsovia es parecida, se puede considerar con bastante aproximación que la proporción del contingente de reclutas respecto al total de las fuerzas del ejército de las dos alianzas es la misma en ambas. Supongamos, por poner un ejemplo numérico que se presta mejor para la comprensión de la realidad, que dicha proporción sea del 70%, como indica el IISS respecto al ejército de la URSS. Dado que en los países europeos de la OTAN la duración del servicio militar es de un año y a veces menos, cada año se licencia en Europa el 70% del total de los ejércitos de la OTAN, esto es,

1.544.200 reservistas (el 70% de 2.206.000). Quisiera insistir que en esa cifra no se incluyen los reservistas americanos, pues los EE.UU. tienen una forma de alistamiento voluntario que hace difícil el cálculo de los reservistas. Por tanto, los 1.544.200 reservistas están en Europa. La Unión Soviética tiene, en cambio, un período de alistamiento de reclutas que oscila entre dos y tres años. Eso significa que cada año se licencian y convierten en reservistas la mitad o la tercera parte del contingente total de reclutas. Dado que el total del contingente de reclutas de los países del Pacto de Varsovia, URSS incluida, es de 1.966.300 (el 70% de 2.806.000), cada año se licencian un número de soldados equivalente a un tercio o la mitad de esa cifra, o sea entre 637.760 y 983.150, que pasan a formar parte de la reserva movilizable. Como se ve, el número anual de reservistas, y por consiguiente su número total, es muy inferior en el Pacto de Varsovia aun contando sólo con los reservistas de los países europeos de la OTAN.

Una última consideración acerca de la rapidez de movilización que la propaganda occidental afirma que es superior en el Pacto respecto de la OTAN. Los reservistas del Pacto, especialmente los de la URSS, están esparcidos por todo el territorio de la Unión, que es de 22.402.200 Km², varias veces superior al territorio de los países europeos de la OTAN. Aparte de eso, la parte asiática de la URSS es muy pobre en vías de comunicación. Por todo lo cual la movilización soviética requeriría mucho más tiempo que la de la OTAN. La misma «proximidad», tan aireada, de la Unión Soviética al teatro europeo de un futuro y temido conflicto, constituye una falsedad geográfica. Si se considera que la Unión Soviética tiene las tres cuartas partes de su territorio en Asia, el baricentro de la URSS dista del teatro europeo más de lo que dista el baricentro de los EE.UU. Con una gran diferencia, sin embargo, a saber, que el eventual reforzamiento de los EE.UU. en el teatro europeo en caso de conflicto tendría lugar en gran parte por mar, y el transporte por mar permite una gran superioridad, tanto en tiempo como en tonelaje transportado, sobre el transporte terrestre. Ello significa que los refuerzos americanos llegarían a Europa mucho antes que los refuerzos soviéticos transferidos a Europa desde el sector asiático, siempre en la hipótesis de que dicha transferencia fuera militarmente aceptable para la URSS, hipótesis inadmi-

sible por cuanto los 900.000 soldados soviéticos, aproximadamente, desplegados actualmente en Asia deben hacer frente a la amenaza de unos tres millones de soldados del ejército chino.

Antes de extraer una conclusión de esta última parte de mis apuntes, quisiera tratar otro asunto:

Reducción mutua equilibrada de fuerzas (MBFR)

Con esas siglas se designa el intento de reducir las fuerzas armadas en Europa Central por ambas partes, a fin de rebajar la tensión en la zona europea (mejor sería decir en el mundo), donde hay una enorme concentración de fuerzas militares de todas clases, nucleares, convencionales y químicas, y donde los riesgos de confrontación son mayores. La MBFR, nacida hace más de 12 años, ha dado lugar a una serie de conferencias entre las naciones directamente interesadas por tener fuerzas armadas en esa zona, y que son: la Unión Soviética, la República Democrática Alemana y Checoslovaquia, del Pacto de Varsovia, y los Estados Unidos, Gran Bretaña, el Canadá, la República Federal de Alemania, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, por la OTAN.

El 21 de abril de 1983, el servicio de investigación del congreso de los EE.UU., a petición del subcomité de seguridad internacional y asuntos científicos, preparó un informe del que reproduzco a continuación una parte que me parece de interés: «Cuando comenzaron las negociaciones, las naciones del Pacto de Varsovia se mostraron muy reticentes a dar información sobre lo que consideraban que era la relación de fuerzas militares en Europa Central. Occidente creía que las fuerzas del Pacto de Varsovia en la zona de la reducción eran superiores a las de la OTAN en unos 150.000 soldados, pese a lo cual siguió insistiendo en realizar un intercambio de datos para basar sobre él un acuerdo. El 10 de junio de 1976, el Este presentó un cuadro de cifras en el que declaraba tener 987.300 soldados en la zona de la reducción, 805.000 de las fuerzas de tierra y 182.200 de aviación. Esas cifras les parecieron a di-

versos observadores occidentales destinadas a probar la afirmación del Este de que existía en la zona una «paridad aproximada», ya que dicho total sobrepasaba apenas en unos pocos miles el que Occidente había declarado que era el total de las fuerzas de la OTAN en la zona de la reducción. Minuciosas discusiones posteriores a 1976 y ulteriores intercambios de nuevos datos más concretos no han resuelto esta discrepancia fundamental. Occidente considera ahora que la superioridad numérica del Pacto es de algo menos de 160.000. Las discusiones sobre este tema han contribuido, sin embargo, a determinar diversos elementos de esta discrepancia. El 50%, aproximadamente, de la diferencia podría caracterizarse como un problema «de definición». Occidente cuenta entre las fuerzas del Pacto a unos 80.000 soldados polacos que el Pacto de Varsovia considera que no deben incluirse en la definición de fuerzas de combate activo. Otros elementos menores de la discrepancia tienen que ver con fuerzas de Alemania Oriental y de Checoslovaquia, y podrían deberse, bien a problemas de definición, bien a un razonable margen de incertidumbre en la evaluación del nivel de fuerzas del Este hecha por los servicios de información occidentales. Todo esto deja todavía sin resolver el problema de unos 50.000 soldados soviéticos, equivalente a más de cuatro divisiones de esa nacionalidad. Una diferencia de ese orden de magnitud no puede considerarse producida por un grado normal de inexactitud estadística y parece deberse a problemas de definición de las fuerzas». (70).

Para comprender el significado real de ese informe conviene tener en cuenta que la Unión Soviética emplea soldados en tareas para las que en Occidente se suelen emplear trabajadores civiles, ya que en la URSS los soldados tienen un costo inferior al de los civiles, contrariamente a lo que sucede en Occidente. Por ejemplo, son los soldados quienes construyen en la URSS las carreteras y las vías férreas, y se les emplea en otras muchas tareas que en realidad no tienen relación ninguna con la actividad bélica. El problema de las «definiciones» se refiere propiamente al hecho de que en la contabilidad de las fuerzas de la URSS han de considerarse términos homogéneos con los de la OTAN, esto es, únicamente soldados que desempeñen cometidos realizados también por los soldados de la OTAN. En todo caso, aun dando por buena la supues-

ta superioridad soviética de 50.000 soldados en Europa Central, esa cifra representaría únicamente el 5% de todas las fuerzas de la zona, que son, como precisa el informe citado casi un millón. Si se piensa que, como regla general, para que un ataque convencional tenga éxito debe realizarse con fuerzas tres veces superiores a las defensoras, se ve cómo la presunta superioridad soviética no permite en absoluto realizar un ataque en Europa Central. Sobre la relación numérica en términos de divisiones, he tenido ya ocasión de demostrar que se trata en realidad de burdas mentiras propagandísticas del IISS de Londres.

En conclusión: *Las fuerzas convencionales de la OTAN en Europa son, en tiempo de paz notablemente superiores a las del Pacto de Varsovia, y seguirían siéndolo durante todo el período de movilización, aun sin contar con eventuales refuerzos procedentes de los Estados Unidos. El peligro de un ataque convencional soviético en Europa no existe y ha sido inventado por la propaganda de la OTAN para justificar la carrera armamentista de los EE.UU. y de la OTAN, que tiene en realidad el objetivo puesto, a saber: permitir a la Alianza Atlántica conseguir la superioridad necesaria para desafiar o destruir a la Unión Soviética.*

La defensa de Europa: Cómo plantearla.

Para plantear correctamente la defensa de Europa es preciso partir de datos realistas:

1) *La defensa de Europa interesa principalmente a los pueblos europeos.*

Una defensa eficaz y realista debe permitir a los pueblos europeos participar de forma decisiva en la defensa.

2) *Las armas nucleares desplegadas en Europa serían empleadas por decisión americana o soviética, sin que los pueblos europeos pudieran oponerse.*

Mientras existan armas nucleares americanas o soviéticas en Europa, los pueblos del continente no podrán decidir su destino.

La primera exigencia para una defensa europea de Europa es la retirada de las armas nucleares de los países europeos de la OTAN y del Pacto de Varsovia.

3) *También las bases aliadas en Europa involucran inevitablemente a las naciones europeas en una hipotética guerra entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.*

La segunda exigencia para una defensa europea de Europa es la disolución de las alianzas militares del este y del oeste.

4) *Las naciones europeas, una vez fueran todas neutrales, deberían firmar un tratado entre ellas comprometiéndose a no recurrir al uso ni a la amenaza de uso de la fuerza en sus relaciones mutuas, según el espíritu de los acuerdos de Helsinki.*

5) *Los Estados Unidos y la Unión Soviética deberían ser garantes de dicho tratado, asegurando que las fronteras actuales de Europa no puedan ser modificadas mediante acciones de guerra.*

6) *Debería crearse una corte de justicia exclusivamente europea, con miembros europeos, sin participación de los Estados Unidos ni de la Unión Soviética.*

Su misión sería la de arbitrar las diferencias que pudieran surgir entre los estados europeos cuando los estados directamente interesados no lograran un acuerdo entre ellos.

Con la organización propuesta se crearía una Europa no sólo neutral, sino también obligada a vivir en paz, por más que, como se desprende de las notas anteriores, las naciones de la actual OTAN serían más fuertes que las del actual Pacto de Varsovia. En cualquier caso, los intereses opuestos de los dos garantes, los Estados Unidos y la Unión Soviética, además de la corte europea de justicia, bastarían para garantizar la paz, que se podrían llamar «paz interna europea». Es verdad que esa paz europea no bastaría para evitar una guerra directa entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, guerra en la que Europa podría verse implicada. Sin embargo, en esa guerra faltaría la prevista fase inicial europea, como ya se ha dicho, desde la época de la «respuesta flexible». Es decir, la guerra habría de comenzar directamente entre las dos grandes potencias, sin intermediarios, lo que las obligaría, quizás, a una mayor reflexión.

Una Europa neutral reforzaría los intercambios y la colabora-

ción entre las diversas naciones, mientras la imposibilidad de hacer una guerra interna haría perder mucha de su importancia a las fuerzas armadas nacionales y facilitaría su reducción, con gran ventaja para las economías europeas. El ejemplo de Austria, obligada a la neutralidad por el tratado de paz y con unas Fuerzas armadas muy reducidas tanto en cantidad como en calidad, es un ejemplo muy significativo. Austria es ciertamente el país mejor defendido de Europa porque su seguridad está garantizada por ambas potencias. En el clima de distensión que la neutralidad crearía, los contrastes entre estados y regímenes socio-económicos se atenuarían o desaparecerían facilitando intercambios no sólo comerciales sino también sociales y filosóficos, que podrían facilitar un punto de encuentro entre los diversos regímenes. Europa podría así convertirse verdaderamente en el puente entre el Este y el Oeste facilitando la solución de muchos problemas mundiales. Una dinámica y libre actividad con los Estados Unidos y la Unión Soviética conferiría a Europa, entre otras cosas posiciones autónomas de importancia que de otro modo no podrán tener nunca.

Considero que las principales dificultades para conseguir una Europa neutral y pacífica son de dos órdenes. Uno de ellos es la propaganda contraria lanzada por los Estados Unidos, que verían en tal caso cómo se les escapaban de las manos los países europeos de la OTAN; para combatir dicha propaganda es preciso difundir la «verdad militar», tal como he tratado de hacer en estas notas. Por parte soviética no parece que hubieran de surgir dificultades, visto que el propio Gorbachov ha propuesto la disolución de ambas alianzas.

El otro orden de dificultades será el planteado probablemente por Francia, que difícilmente podrá aceptar el papel de «nación neutral europea». Una dificultad análoga, aunque en menor grado, podría plantearla la Gran Bretaña. Para tratar de superar ese segundo orden de dificultades se podría concebir una realización por etapas del programa mencionado, de forma que por un período inicial, incluso bastante largo, Francia y Gran Bretaña quedarían excluidas de la neutralización, con el compromiso, especialmente necesario, por parte de la Gran Bretaña de que las bases americanas no pudieran ser usadas como trampolín de un ataque estadounidense.

No pretendo, ciertamente, que el esquema propuesto sea de fácil y rápida realización, pero estoy firmemente convencido de que sólo cuando las naciones europeas sepan encontrar la manera de zafarse de las alianzas y reducir lo más posible la ingerencia americana y soviética en las cuestiones internas europeas, podrán garantizarse la paz y la prosperidad en nuestro continente, cuyo futuro estará entonces en las manos de sus habitantes.

Conclusión

La doctrina oficial americana, la fabricación acelerada de armamentos de todas clases, y especialmente de los nucleares y químicos, la invención del armamento espacial, la amenaza de no respetar los tratados vigentes para la limitación de los armamentos, la desenfrenada propaganda psicológica de demonización de la Unión Soviética, la descarada propaganda de la OTAN para hacer creer a las poblaciones de la Alianza que existe una superioridad militar soviética y, por tanto, un «peligro soviético»: todos estos hechos indican la existencia de una peligrosa orientación del gobierno de Reagan, que está cada vez más decidido a lograr aquella superioridad frente a la Unión Soviética, superioridad que trastornaría por completo el mundo en que vivimos.

La catástrofe nuclear parece cada vez más probable y próxima. Pero aunque la Unión Soviética logre mantener el equilibrio, los costes para las dos superpotencias y, de rebote, para todo el mundo serán tan altos que provocarán una situación tanto o más peligrosa que la confrontación nuclear. Para garantizar la paz no sólo hay que frenar, sino dar marcha atrás a la carrera de armamentos. Kennan dice con razón que es imposible convencer a Reagan, un premio Nobel ya citado dice que quien manda y gobierna en el mundo es un consorcio de empresas transnacionales y bancos llamado Comisión Trilateral. A esa oligarquía de ámbito mundial hay que

oponerle la opinión pública mundial, porque sólo así habrá esperanzas de evitar el desastre nuclear y económico. La situación no es desesperada, porque la catástrofe financiera mundial provocada por la Trilateral y por el rearme acelerado de Reagan se hacen más evidentes cada día y atraen la atención de los pueblos que sufren sus graves consecuencias. En los propios Estados Unidos, no sólo una proporción amplia y creciente de la población es contraria a las orientaciones de Reagan por lo que respecta a la situación financiera y de desarrollo económico, sino que un número creciente de diputados y senadores, incluso republicanos, es decir del mismo partido del presidente, se oponen a Reagan en las cámaras legislativas y no atienden sus peticiones. A mi modo de ver, la humanidad se encuentra hoy en la cresta de una montaña: de un lado el precipicio de la aniquilación, del otro una pendiente, nada fácil, sin duda, pero que tras las primeras dificultades resultaría cada vez menos escarpada, hasta llegar al tranquilo valle de la serenidad. Es obligación de todos los pueblos del mundo decidir por qué lado de la cresta queremos bajar.

Nota final

Todos los documentos citados son de mi propiedad y están disponibles para su consulta por todo el que quiera examinarlos.

He de decir también que he invitado repetidamente a las autoridades a un debate público sobre este tema. El resultado de esa invitación fue que el Departamento de Estado me negó el visado de entrada en los Estados Unidos cuando unos amigos pacifistas norteamericanos me pidieron que participara en diversos debates en su país. He ahí un ejemplo más de cómo funciona la democracia americana!. Sin embargo, sigo renovando la invitación con la esperanza (¿o con la ilusión?) de tener más éxito en el futuro.

Anexo 1

Gastos militares: comparación entre la OTAN y el Pacto de Varsovia

El cuadro siguiente está sacado del *World Armament and Disarmament*, SIPRI YEARBOOK 1985, pág. 270.

Cuadro 7A.1. Resumen de gastos militares mundiales, en precios constantes.

En millones de dólares EE.UU., a precios y tipos de cambio de 1980. Los totales no se pueden sumar, por estar redondeados.

	1975	1976	1977	1978	1979
EE.UU.	139.277	131.712	137.126	137.938	138.796
Otros miembros de la OTAN	99.643	101.601	103.290	107.047	109.368
Total OTAN	238.920	233.313	240.416	244.985	248.164
URSS	[122.400]	[124.200]	[126.100]	[128.000]	[129.900]
Otros miembros del P. Varsovia	11.066	11.557	11.871	12.216	12.375
Total P. Varsovia	[133.466]	[135.757]	[137.971]	[140.216]	[142.275]

	1980	1981	1982	1983	1984	Porcentaje
						(%)
EE.UU.	143.981	153.884	167.711	179.615	200.329	30.9
Otros miembros de la OTAN	112.297	113.132	116.058	119.140	121.815	18.8
Total OTAN	256.278	267.016	283.769	298.755	322.144	49.6
URSS	[131.800]	[133.800]	[135.800]	[137.900]	[142.000]	21.9
Otros miembros del P. Varsovia	12.479	(12.643)	(13.054)	(13.847)	(14.222)	2.2
Total P. Varsovia	[144.279]	[146.443]	[148.854]	[151.747]	[156.222]	24.1

Desde 1975 los gastos militares de la OTAN han sido más del doble que los del Pacto de Varsovia.

EE.UU.

En la página 14 del SIPRI YEARBOOK 1985 se dice: “Los gastos militares (de los EE.UU.) han crecido de manera realmente rápida —cerca del 8,5% anual (en términos reales) desde 1980. (...) Tras un aumento real del 40% en los últimos cuatro años, el gobierno tiene previsto un nuevo aumento del 40% en los próximos cinco años fiscales”.

URSS

En una conferencia de prensa celebrada el 22 de febrero de 1986, Larry Speakes, portavoz de la Casa Blanca, dijo: “El subcomité del comité económico conjunto del congreso ha comunicado los análisis de la CIA presentados en un testimonio del pasado noviembre. El análisis desclasificado concluye que los gastos militares so-

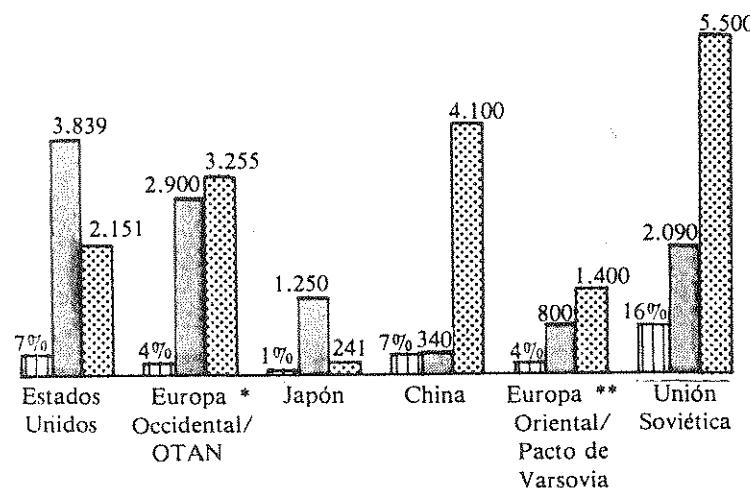
viéticos han aumentado casi un 2% anual entre 1976 y 1986. Una tasa menos elevada de lo previsto por los análisis anteriores. El nuevo análisis indica que la bajada, desde el previsto 4-5% anual hasta el 2% se debe a un “estancamiento” en la adquisición de armas por parte del Kremlin”.

Comentario: Los años de 1976 a 1986 son aquellos en los que el Kremlin habría acelerado la producción de sus propios armamentos, según las acusaciones de Reagan y Weinberger.

Anexo 2

La fuerza militar y económica de las principales potencias

El cuadro siguiente está sacado de la publicación *United States Military Posture for F.Y. 1987*, pág. 17 (en millones).



Porcentaje del PNB para defensa, AF 1985

Producto nacional bruto, en billones de dólares

constantes de 1985 para el AF 1985

Fuerzas armadas en servicio activo (miles) AF 1985

(*) EE.UU. exclusive y Francia y España inclusive.

(**) Unión Soviética, Albania y Yugoslavia exclusive.

Las fuerzas armadas del cuadro se pueden distribuir así:

EE.UU.	2.151	URSS	5.500
Europa OTAN	3.255	Europa Or.	1.400
Total OTAN	5.406	Total P Varsovia	6.900
Japón	241		
China	4.100		
Total enemigos de la URSS)	9.747		

(Albania y Yugoslavia no son
miembros del Pacto de Varsovia)

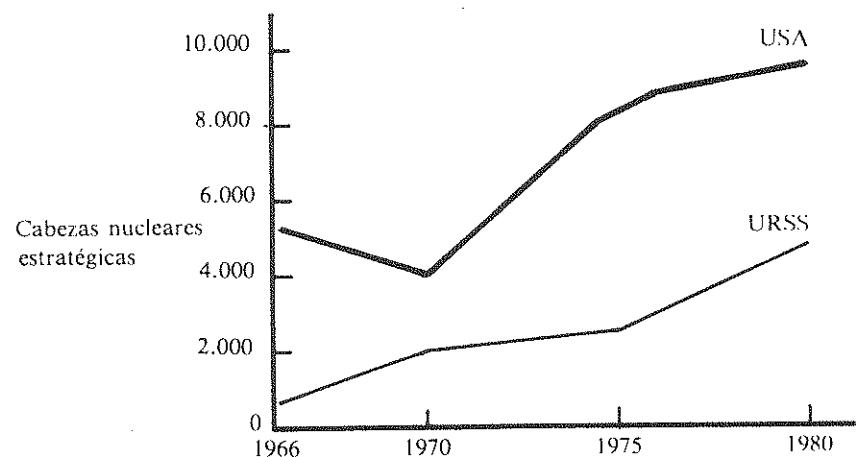
Comentario

El Pacto de Varsovia tiene 2.847.000 soldados menos que sus enemigos, según las estimaciones de las autoridades militares americanas.

Anexo 3

Cabezas nucleares estratégicas EE.UU.-URSS

El gráfico que sigue está sacado del informe presentado al congreso por el secretario de defensa Harold Brown para el año fiscal de 1982.



Comentario

1) Los Estados Unidos han tenido siempre muchas más cabezas nucleares estratégicas que la Unión Soviética.

2) Entre 1966 y 1970 los Estados Unidos redujeron el número de sus cabezas nucleares estratégicas a raíz de la adopción de la estrategia MAD ("destrucción mutua asegurada").

Anexo 4

Cabezas nucleares estratégicas EE.UU.-URSS

Los datos siguientes están sacados de los informes presentados al congreso por los sucesivos secretarios de defensa para los años fiscales indicados.

Secretarios de defensa Años fiscales	Años	Cabezas nucleares estratégicas EE.UU.	URSS
— McNamara A.F. 1969 pág. 54	1967	4.500	1.000
— Clifford A.F. 1970 pág. 42	1968	4.200	1.200
— Schlessinger A.F. 1975 pág. 50	1973	6.784	2.200
— Schlessinger A.F. 1976 pág. p. 11, 19	1974	7.940	2.600
— Rumsfeld A.F. 1978 pág. 58	1975	7.650	2.800
	1976	8.400	3.300
	1977	8.500	4.000
— Brown A.F. 1979 pág. 47	1978	9.000	4.000
	1979	9.000	4.500
— Brown A.F. 1980 pág. 71	1979	9.200	5.000
— Brown A.F. 1981 pág. 77	1980	9.200	6.000
— Brown A.F. 1982 pág. 53	1981	9.000	7.000

— Del informe para el año fiscal 1981 - Harold Brown: “A medida que se va aplicando el programa de modernización estratégica, la ventaja estadounidense en cabezas nucleares aumenta a la par que disminuye o desaparece la ventaja soviética en número de megatones. Y esto ocurrirá aunque se produzca una importante modernización por parte soviética” (pág. 124).

— Del informe para el año fiscal 1983 - Caspar Weinberger: “El programa del presidente Reagan sobre fuerzas estratégicas ... nos brindará el mayor aumento de fuerzas estratégicas y la mayor potencia de éstas que haya nunca planificado ni financiado ningún presidente de los Estados Unidos” (págs. 1 y 39).

Comentario

El que las cabezas nucleares americanas no aumentaran en los años 1980-1981 no se deriva del hecho de que los Estados Unidos hubieran considerado que el nivel alcanzado era suficiente para su defensa, sino, muy al contrario, de que cerraron las líneas de producción de las viejas armas y se prepararon las necesarias para la fabricación de otras más modernas, más perfeccionadas y más numerosas, como señalaron explícitamente los secretarios de defensa Brown y Weinberger.

Anexo 5

Los milagros del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres: los soldados y las divisiones soviéticas

Los datos que siguen están sacados de las publicaciones *The Military Balance*, del IISS de Londres.

Años	Total soldados	Número divisiones	Soldados por división	
			Acorazada	Mecanizada
1964-65	2.200.000	140		
1965-66	2.000.000	140		
1966-67	2.000.000	140		
1967-68	2.000.000	140	9.000	10.500
1968-69	2.000.000	140	9.000	10.500
1969-70	2.000.000	148	8.500	10.500
1970-71	2.000.000	157	8.250	10.000
1971-72	2.000.000	160	8.400	10.500
1972-73	2.000.000	164	9.000	10.000
1973-74	2.050.000	164	9.000	10.750
1974-75	1.800.000	167	9.500	12.000
1975-76	1.825.000	166	9.500	12.000
1976-77	1.825.000	168	11.000	14.000
1977-78	1.825.000	168	11.000	12.700
1978-79	1.825.000	169	11.000	13.000
1979-80	1.825.000	173	11.000	13.000
1980-81	1.825.000	173	11.000	14.000
1981-82	1.825.000	173	11.000	14.000
1982-83	1.825.000	180	11.000	14.000
1983-84	1.800.000	191	11.000	14.000
1984-85	1.840.000	193	11.000	14.000

Comentario

Según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, la Unión Soviética habría sido capaz, a la vez que reducía en 360.000 el número de sus soldados de tierra, de organizar 53 nuevas divisiones y aumentar considerablemente el número de soldados por división. Que se sepa, la única vez que la historia o la leyenda registran un milagro de esa envergadura es aquella en que cinco panes y dos peces bastaron para hartar a 5.000 personas y aún sobró...

Anexo 6

Las mentiras del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres: las fuerzas terrestres de la OTAN y el Pacto de Varsovia

Los datos siguientes están sacados de las publicaciones *The Military Balance*, del IISS de Londres.

(en miles de soldados)

Año	OTAN menos EE.UU.	EE.UU. en Europa	Total OTAN	Total Pacto	URSS en Europa	Pacto menos URSS
1981-82 (1)	1.902	221	2.123	1.669	881	788
	Superioridad OTAN: 1,27:1 = 454					
1982-83 (1)						
	Ningún cambio en la práctica, aunque la superioridad de la OTAN desciende inexplicablemente al 1,15:1					
1983-84 (1)	1.746	222	1.986	1.714	871	843
pág. 138	Superioridad OTAN: 1,03:1 = 272					
(2)	2.143	222	2.377	1.714	871	848
	Superioridad OTAN: 1,38:1 = 658 (España en la OTAN)					
1984-85 (1)	1.550	217	1.767	1.960	1.143	817
pág. 152	Superioridad Pacto: 1,11:1 = 193					
(2)	2.143	217	2.360	1.960	1.143	817
	Superioridad OTAN: 1,20:1 = 400					
1985-86 (1)	1.871	217	2.088	2.685	1.871	814
pág. 152	Superioridad Pacto: 1,29:1 = 597					
(2)	2.206	217	2.423	2.685	1.871	814
	Superioridad Pacto: 1,10:1 = 262					

(1) Cifras de los cuadros de *The Military Balance*.

(2) Cifras obtenidas sumando las cifras suministradas en el cuerpo del texto de *The Military Balance* para los ejércitos de las diversas naciones.

Comentario

En los años 1981-82 y 1982-83 las cifras de los cuadros son exactas y dignas de crédito. Con ellas se muestra que en Europa hay entre 400.000 y 500.000 soldados más en la OTAN que en el Pacto de Varsovia. Con la entrada de España en la OTAN dicha superioridad habría de aumentar forzosamente. El Instituto se percató de que sus cuadros desmentirían clamorosamente la presunta y carente de superioridad del Pacto en fuerzas convencionales y, en consecuencia, decidió falsificar las cifras, bien disminuyendo arbitrariamente los soldados de los ejércitos de la OTAN, bien aumentando de manera totalmente absurda las fuerzas del ejército soviético en Europa, tal como se demuestra más detalladamente en el anexo 7.

El Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres no da valoraciones aceptables, sino que se limita a secundar la propaganda belicista del Pentágono.

Anexo 7

Las mentiras del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres: el despliegue de las fuerzas del ejército soviético en Europa y en Asia

Datos extraídos de *The Military Balance*.

(en miles de soldados)

Años	Total soldados de tierra URSS	Soldados en Europa	Soldados en Asia
1981-82	1.825	881	944
1982-83	1.825	871	954
1983-84	1.800	871	929
1984-85	1.840	1.143	697
1985-86	1.995	1.871	124

Comentario

Mientras en los años 1981-82 al 1983-84 el despliegue de los soldados del ejército soviético en Europa y Asia se mantiene bastante equilibrado, en los años 1984-85 se habría dado, supuestamente, un enorme desplazamiento de Asia a Europa. Los datos del Instituto son tan clamorosamente falsos que chocan con el sentido común más elemental. Según estos datos, en 1985-86 sólo habrían quedado en Asia 124.000 soldados, incluidos los 120.000 que se

gún Occidente estarían desplegados en Afganistán. Sobran los comentarios. Además, según el Instituto, en los últimos años se habría producido un aumento de un millón de soldados soviéticos en Europa. Si tal cosa hubiera sucedido, todos los mandos de la OTAN habrían sido puestos en estado de alerta máxima, cosa que no ha sucedido en absoluto. Ni siquiera el aumento de 155.000 soldados soviéticos en el último año merece credibilidad, porque ese aumento de 1.840.000 a 1.995.000, de haber ocurrido realmente, habría desencadenado una propaganda alarmista espantosa, cosa que no ha ocurrido.

Anexo 8

Comparación entre el desarrollo de los productos nacionales brutos de los EE.UU. y la URSS

El 8 de diciembre de 1982 los Estados Unidos publicaron un estudio oficial bajo el título: *USSR: Measures of Economic Growth and Development 1950-80*. En la nota de presentación del estudio se precisa: "Los estudios han sido preparados por especialistas de la CIA".

En la página 19 el estudio aclara que: "En relación con los Estados Unidos, la Unión Soviética ha gozado constantemente de una tasa de crecimiento más alta hasta finales de los años 70. La media anual de la tasa de crecimiento del PNB soviético es superior en un punto porcentual entero a la de los Estados Unidos durante todo el período 1951-79".

El cuadro que sigue, publicado en la página 20 del estudio informa del crecimiento del PNB de varios países.

Tasa media de crecimiento anual del producto nacional en una serie de países de la OCDE (PIB) y en la URSS (PNB)

	1951 - 1955 ^a	1956- 1960	1961- 1965	1966- 1970	1971- 1975	1976- 1979	1951 - 1979 ^a
TOTAL OCDE	NA	NA	5.2	4.8	3.1	4.0	NA
De cada país							
Canadá	5.2	4.0	5.7	4.8	5.0	3.7	4.8
EE.UU.	4.2	2.3	4.6	3.1	2.3	4.4	3.4
Japón	7.2	8.6	10.0	12.2	5.0	5.9	8.3
Australia	3.8	4.0	4.8	6.0	3.5	2.4	4.2
Nueva Zelanda	3.8	4.0	4.9	2.7	4.0	0.3	3.3
Finlandia	5.0	4.1	4.8	4.8	3.9	2.5	4.2
Francia	3.7	5.0	5.8	5.4	4.0	3.7	4.6
Alemania Occ.	9.2	6.5	5.0	4.4	2.1	4.0	5.1
Italia	5.6	5.5	5.2	6.2	2.4	3.8	4.8
Países Bajos	5.9	4.0	4.8	5.5	3.2	3.1	4.4
Noruega	3.8	3.3	4.8	3.7	4.6	4.2	4.1
España	5.2	3.2	8.5	6.2	5.5	2.5	5.3
Suecia	3.4	3.4	5.2	3.9	2.7	1.1	3.4
Suiza	4.9	4.3	5.2	4.2	0.8	0.9	3.5
Turquía	8.1	4.6	4.8	6.6	7.5	4.1	6.0
Reino Unido	3.9	2.6	3.1	2.5	2.0	2.4	2.7
URSS	5.5	5.9	5.0	5.2	3.7	3.0	4.8

Para completar el cuadro relativo a la situación económico-financiera de los Estados Unidos hay que añadir que son hoy el país con mayor deuda externa del mundo. Tiene un déficit en su

balanza comercial de más de 144.000 millones de dólares que le obligan a reducir gravemente los gastos en asistencia social. Según datos oficiales, hay hoy en los Estados Unidos más de 30 millones de personas que ganan menos de lo que se considera necesario para vivir y padecen hambre. En abril de 1986 había 8.342.000 desempleados y más de 2.000.000 sin vivienda. Los Estados Unidos tienen un déficit en su balanza comercial de casi 150.000 millones de dólares, que se acerca, año tras año, a los 200.000 millones año tras año. Semejante déficit ha desencadenado una feroz competición económico-financiera con el Japón y con la Comunidad Económica Europea. Para hacer frente a la competencia internacional los Estados Unidos han recurrido al proteccionismo, ofreciendo azúcar "subsidiado" a China y vendiendo grano "subsidiado" a la Unión Soviética. Este sistema ha levantado fuertes protestas, sobre todo por parte de Australia, y ha agravado la crisis ya existente en el ANZUS (alianza entre Australia, Nueva Zelanda y los Estados Unidos) a causa del rechazo de Nueva Zelanda a permitir por sus aguas territoriales el paso, así como la entrada en sus puertos, de navíos americanos con armas nucleares abordo.

Notas

- (1) Servicio de prensa, United States Information Service, Embassy of the United States Roma, anno IX n.º 173, October 14, 1986.
- (2) Ibid. n.º 174, October 15, 1986.
- (3) Agencia de prensa Novosti, Roma.
- (4) Servicio de prensa, U.S. Information Service, anno IX n.º 163, 3/9/86.
- (5) *The Oxford History of the American People*, pág. 222.
- (6) *The Oxford History of the American People*, pág. 616.
- (7) *International Herald Tribune*, 30/4/86.
- (8) *The Oxford History...*, pág. 446.
- (9) Ibid., pág. 447.
- (10) Ibid., pág. 450.
- (11) Ibid., pág. 28.
- (12) Ibid., pág. 138.
- (13) *The Reagan Administration's Foreign Policy*, ed. por International Progress Organization, Londres, pág. 17.
- (14) Ibid., pág. 117.
- (15) *The Oxford History...*, pág. 825.
- (16) ARTHUR M. SCHLESSINGER Jr., *The Imperial Presidency*, Boston, pág. 178.
- (17) International communication Agency, servicio de prensa n.º 83, 27/2/79.
- (18) *The Reagan Administration's...* (op. cit.), pág. 13.
- (19) *The Oxford History....* (op. cit.), pág. 414.
- (20) Ibid., pág. 797.
- (21) *The Oxford History...* (op. cit.), pág. 826.
- (22) *The Reagan Administration's...* (op. cit.), pág. 93.
- (23) Ibid., pág. 93.
- (24) DWIGHT D. EISENHOWER, *Waging Peace 1956-1961*, N.Y., pág. 532.
- (25) HARRY S. TRUMAN, *Year of Decision, Memories I*, pág. 295.
- (26) W. CHURCHILL, *Le rideau de fer*, pág. 295.
- (27) *Documents on American Foreign Relations*, VIII, pág. 3.
- (28) NATO, The North Atlantic Treaty Organization Facts and Figures (Servicio de información de la OTAN), Bruselas, pág. 17.
- (29) H.S. TRUMAN, *Memories I* (op. cit.), pág. 138.
- (30) Ibid., pág. 350.

(31) H.S. TRUMAN, *Memories I*, pág. 451.

(32) U.S. DEPARTMENT OF STATE, *Documents on Desarmament 1945-1956*, I, pág. 44.

(33) H.S. TRUMAN, *Memories I*, pág. 332.

(34) U.S. Department of Defense, *Statement of the S. o D. Caspar W. Weinberger*, 31/10/85, *Strategic Policy and Arms Control*, pág. 2.

(35) ARTHUR M. SCHLESSINGER, *The Dynamic of World Power*, vol. II, pág. 465.

(36) U.S. Information Service, Embassy of the United States Rome, anno VII, 5/10/77, n.º 197.

(37) R.P. STEBBINS - E.P. ADAM (eds.), *Documents on American Foreign Relations 1963*, Nueva York, 1964, pág. 120.

(38) R.S. McNAMARA, S. o. D., *Statement on the Fiscal Year 1969-73 Defense Programme and the 1969 Defense Budget*, pág. 47.

(39) *Ibid.*, pág. 58.

(40) L. RICHARDSON, S. o. D., *Annual Defense Department Report FY 1974*, pág. 8.

(41) *Annual Defense Department Report FY 1976-77*, I, pág. 11.

(42) *Ibid.*, I, pág. 12.

(43) DONALD H. RUMSFELD, S. o. D., *Ann Def. Depart. Rep. FY 1978*, pág. 68.

(44) HAROLD BROWN, S. o. D., *Ann. Def. Depart. Rep. FY 1979*, pág. 59.

(45) U.S. Senate, Com. on Foreign Relat., *Nuclear War Strategy Hearing on PD 59*, sept. 16, 1980, pág. 8.

(46) Intern. Communic. Agency EUR 513, 9/1/81, pág. E 10.

(47) *Id.*, 514, 9/1/81, pág. F 11.

(48) CASPAR W. WEINBERGER, S. o. D., *Report to the Congress FY 1986*, pág. 27.

(49) C.W. WEINBERGER, S. o. D., *Statement before the Senate Oct. 31. 1985*, pág. 4.

(50) JIMMY CARTER, *Keeping Faith, Memoirs of a President*, Nueva York, pág. 214.

(51) *Scientific American*, octubre 1984, pág. 46.

(52) *Arms Control and the Militarization of Space. Hearing before the Subcommittee on Arms Control, Oceans, International Cooperation and Environment*, U.S. Printing Office, Washington 1982, pág. 3.

(53) *Ibid.*, pág. 14.

(54) *Ibid.*, op. cit., pág. 68.

(55) ARTHUR M. SCHLESSINGER JR., *The Imperial Presidency*, Boston, 1973, pág. 356.

(56) H. BROWN, S. o. D., *Report to the Congress for FY 1980*, pág. 15.

(57) *Military Posture for FY 1983*, pág. 21.

(58) PAUL E. GALLIS, *The Strategic Defense Initiative and United States Alliance Strategy*, Report n.º 85-48 F, 1/2/85, págs. CRS 34 - CRS 35.

(59) *Scientific American*, abril de 1986, pág. 27.

(60) U.S. Information Service, Roma, anno VII n.º 78, 24/4/84.

(61) *Military Posture for FY 1981*, pág. 15.

(62) *Annual Report for FY 1982*, pág. 126.

(63) *Annual Report for FY 1985*, pág. 200.

(64) *Military Posture for FY 1987*, pág. 31.

(65) Agencia de prensa Novosti, 24/6/86.

(66) *Newsweek*, 28/7/86, pág. 12.

(67) G.F. KENNAN, *The Nuclear Delusion. Soviet-American relations in the atomic age*, New York, pág. XXV.

(68) U.S. Senate. *Hearing before the Subcommittee of International Security and Scientific Affairs*, Washington, 3/5/78, pág. 32.

(69) *NATO Facts and Figures*, NATO Information Service, Bruselas, pág. 107.

(70) *East-West troop reduction in Europe. Is agreement possible?*, 20-0050, U.S. Government Printing Office, Washington, 1983, pág. 13.

Indice

• Prólogo	5
• 1. Reykjavik y sus consecuencias	9
Después de Reykjavik	17
• 2. La hipocresía de los EE.UU.	19
Nacimiento y evolución del imperialismo americano	24
La evolución de la estrategia nuclear americana	33
• 3. Justificadores que no justifican	43
La guerra de las galaxias	43
Las armas antisatélite (ASAT)	52
• 4. Los embustes de Reagan y Weinberger	57
La máquina propagandística de los EE.UU.	57
La pretendida superioridad militar del Pacto de Varsovia y de la URSS	60
Las armas nucleares estratégicas	61
El primer golpe soviético	62
La URSS habría usado presuntamente armas químicas	64
Transmisión en clave de las informaciones telemétricas de los misiles balísticos	67
El radar soviético de Krasnoyarsk	67
Los pershing II y los misiles de crucero en Europa	69

Las propuestas soviéticas de desarme	73
Cesación de las pruebas nucleares	75
• 5. La defensa de Europa	79
La respuesta flexible	80
La presunta superioridad convencional del Pacto de Varsovia ..	84
Reducción mutua equilibrada de fuerzas (MBFR)	89
La defensa de Europa	91
• Conclusión	95
• Nota final	97
• Anexo 1	99
• Anexo 2	103
• Anexo 3	105
• Anexo 4	107
• Anexo 5	109
• Anexo 6	111
• Anexo 7	113
• Anexo 8	115